

# BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 2016

Nº 424

## “La celebración litúrgica fuente de misericordia”



Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica  
Diócesis de San Juan de los Lagos

VIII Semana de Formación  
y Animación Litúrgica

# SUMARIO:

---

Mensaje del Sr. Obispo .....	1
Presentación .....	2
Indicaciones Metodológicas .....	3

## TEMAS:

1. Liturgia y Oración: Claves en el diálogo con el Dios vivo y verdadero. ....	5
2. Espiritualidad litúrgica .....	11
3. La Liturgia de las Horas: La Iglesia que, en Cristo, dialoga con el Padre Misericordioso .....	15
4. La espiritualidad de la Piedad Popular .....	21
5. El Sacramento de la Penitencia, sacramento de la Misericordia .....	26

## SUBSIDIOS:

La piedad a la Virgen y a los santos como fuente de Espiritualidad Cristiana .....	36
¿Por qué una teología del Símbolo Sacramental y no del Signo Sacramental? .....	40

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 28. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: [cpastoral@gmail.com](mailto:cpastoral@gmail.com)

Messenger: [cpastoral@hotmail.com](mailto:cpastoral@hotmail.com)

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

*Responsable:*

**Comisión de Pastoral Litúrgica**

*Diócesis de San Juan de los Lagos.*

# Mensaje del Sr. Obispo

**Asunto:** Semana de Animación Litúrgica. Pascua del Señor 2016

El diálogo con el Dios misericordioso, vivo y verdadero, al mismo tiempo que nos identifica con Cristo, nos impulsa al testimonio cristiano en medio de un mundo casado de palabras que requiere testigos auténticos y congruentes (Cfr. EN 41; V PDP 179. 197).

Ya desde esta perspectiva y en la coyuntura eclesial del 'Año Jubilar de la Misericordia', entendemos cómo el diálogo con Dios que no se traduce en misericordia, se queda trunco. Este mensaje de la misericordia divina, que se alimenta de la vida de oración y piedad, no es entonces una teoría ajena al mundo y a la praxis; tampoco se contenta con sentimentales declaraciones de conmiseración. Jesús nos enseña a ser misericordiosos según el ejemplo de Dios (Cfr. Lc 6, 36). En el sermón de la montaña declara bienaventurados a los misericordiosos (Cfr. Mt 5, 7), esta bienaventuranza es la 'imitación de Dios', que incluso leemos en la carta a los Efesios: *«Imiten a Dios como hijos queridos y compórtense con amor, a ejemplo de Cristo, que se entregó a sí mismo por nosotros a Dios como oblación y sacrificio de suave aroma»* (Ef 5, 1). Esta 'imitatio Dei' en la vida cristiana es fundamental; así el mensaje de la misericordia divina, tiene consecuencias para la vida de todo cristiano, para la práctica pastoral de la Iglesia y para la contribución que los cristianos deben realizar a la configuración de un orden social digno, justo y misericordioso.

En este contexto, la enumeración de las obras de caridad en el gran discurso sobre el juicio final, encuadradas en la gran tradición veterotestamentaria (Cfr. Mt 25, 35-39. 42-44), muestran el hecho interesante de que como criterio del juicio, Jesús mencione exclusivamente obras de amor al prójimo y no obras de piedad. Esto nos ayuda a descubrir incluso cómo san Agustín ha

concretado esta experiencia en el axioma: «No existe amor a Dios sin amor al prójimo... donde se sigue que estos dos preceptos no existen nunca el uno sin el otro».

Si la misericordia es el principio de transformación humana, ésta se alimenta y fortalece en la vida de oración, de diálogo con el Señor y desemboca por fuerza en la praxis cristiana.

En el marco del 'Año del diálogo con el Dios vivo y verdadero' y del 'Jubileo de la Misericordia', la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica nos ofrece este subsidio de formación y animación litúrgica para que nuestras comunidades parroquiales sigan profundizando en el nexo tan estrecho que hay entre celebración y vida.

Es mi deseo que este espacio de formación, sea realmente promovido por los responsables de las comunidades parroquiales. Es un medio muy benéfico y al alcance de todos, para la actualización de los agentes que colaboran en los diferentes ministerios litúrgicos.

Agradezco a la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica y Piedad Popular, el esfuerzo que hace para que en el contexto de la oración y la misericordia, nos brinde este material que continúe animando la vida y el testimonio cristiano en nuestras comunidades.

Que a Ustedes que celebran con júbilo la fiesta de la Pascua del Señor, Dios, en su gran misericordia -y por la intercesión de Nuestra Señora de San Juan- les conceda participar en la Resurrección de su Hijo. Con mi bendición:

+ *F. Salazar V.*

+ Felipe SALAZAR VILLAGRANA

Administrador Apostólico  
San Juan de los Lagos

# Presentación

El deseo evangelizador de nuestra Iglesia diocesana para este ciclo 2015 – 2016 proyectado en el V Plan Diocesano de Pastoral en su curso de acción, nos invita a celebrar el «Año del diálogo con el Dios vivo y verdadero», a la luz de esta iniciativa, la CODIPAL se ha propuesto en su objetivo para este año pastoral:

*«Promover el diálogo con el Dios misericordioso, vivo y verdadero, desde la celebración de nuestra fe, para que en el contexto de la interculturalidad, la familia y la paz, sigamos fomentando el nuevo rostro de Iglesia».*

Éste es el motivo por el que para esta Semana de Animación Litúrgica en nuestras comunidades parroquiales, nos hemos propuesto como tema general:

*«La celebración litúrgica como fuente de misericordia»;*

y es que,

*«en la Liturgia Dios habla a su pueblo y Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios, ya con el canto ya con la oración» (SC 33)*

ya con su actuar en medio las situaciones concretas en que vive; pues es en la celebración de los sagrados misterios cuando nos encontramos en la presencia de Jesucristo, Dios vivo y misericordioso (cf. Lc 24, 35), de modo que este encuentro nos lleve a descubrir el amor y la misericordia que Dios tiene para con nosotros al salvarnos, «no por nuestras buenas obras, sino en virtud de su misericordia» (Tit 3, 5).

De esta manera, el tiempo de Pascua, es un tiempo favorable para el encuentro personal y comunitario con el Resucitado. Lo primero para despertar nuestra fe en Jesús resucitado es poder

captar, también hoy, su presencia en medio de nosotros (Cfr. Lc 24, 32): hacer circular en nuestros grupos, comunidades y parroquias la paz, la alegría y la seguridad que da el saberlo vivo, acompañándonos de cerca en estos tiempos nada fáciles para la fe. De ahí que, encontrarse con el resucitado, es una experiencia que no se puede callar. El mundo de hoy no necesita más palabras, teorías o discursos. Necesita más oración, diálogo, vida, esperanza, amor y sobre todo misericordia; creyentes que puedan enseñar a vivir de otra manera porque ellos mismos están aprendiendo a vivir de Jesús.

Por ello, esta Semana de Animación Litúrgica nos presentará la temática en torno a ‘La celebración litúrgica como fuente de misericordia’. Los temas que abordaremos son: ‘Liturgia y Oración: Claves en el diálogo con el Dios vivo y verdadero’; ‘Espiritualidad Litúrgica’; ‘La Liturgia de las Horas: La Iglesia que, en Cristo, dialoga con el Padre misericordioso’; ‘La Espiritualidad de la Piedad Popular’ y; ‘El sacramento de la Penitencia, sacramento de la misericordia’. Al mismo tiempo, como apéndice, ofrecemos una reflexión sobre ‘La piedad a la Virgen María y a los santos como fuente de espiritualidad cristiana’ y un artículo ¿Por qué una teología del Símbolo Sacramental y no del Signo Sacramental?.

Pues bien, para esta jornada de estudio y oración, partiremos del hecho de la necesidad de oración e intercesión ante tantas necesidades: «es obvio que el mundo de hoy tiene necesidad de misericordia, tiene necesidad de compasión»<sup>1</sup>, y otros tantos problemas que vivimos. Por eso procuramos fomentar la oración desde Cristo para seguir alentando el testimonio cristiano convincente y eficaz en el mundo. Como afirma el

<sup>1</sup> Entrevista al Papa Francisco del Semanario italiano «CREDERE» 2 de diciembre de 2015 (Revista oficial del Jubileo de la Misericordia).



Papa Francisco: «*Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado*» (MV 2).

Que este itinerario de sensibilización, en el ‘Año de la Misericordia’ que vamos recorriendo, nos lleve a hacer algo más por contemplar desde

la celebración litúrgica al Dios misericordioso vivo y verdadero, y al experimentarlo resucitado impulsemos el diálogo ferviente, perseverante y lleno de amor profundo siendo testigos de «aquello que a Dios le gusta más» –la caridad para con el prójimo– para que nuestras comunidades parroquiales y nuestra Iglesia Diocesana, aparezca también con un rostro renovado (VPDP, n. 155-181). Así el saludo del resucitado «La paz sea con ustedes» (Lc 24, 36; Jn 20, 19. 21. 26), podrá ser, en nuestro contexto sociocultural, no sólo un deseo, sino una realidad que partiendo desde la celebración litúrgica, desemboca en las obras de misericordia corporales y/o espirituales.

*Pbro. José Emanuel Vázquez Carrillo*

Coordinador de la Comisión Diocesana  
de Pastoral Litúrgica.

# Indicaciones Metodológicas

## PARA LA VIII SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA

Aunque este espacio de estudio y formación va dirigido especialmente a los agentes de pastoral de nuestra Diócesis, Presbíteros y laicos miembros de la comisión parroquial de pastoral litúrgica [Proclamadores de la Palabra, Ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión, Integranes de los coros: músicos-cantores, Sacristanes, Campaneros, Colectores, Monitores, Coordinadores de las celebraciones, Coordinadores de los servidores del Altar (monaguillos), Equipo de decoración y otros ministerios presentes en sus comunidades], debe estar abierto a todos los miembros de la comunidad parroquial, ya que puede ser la oportunidad para que otros se interesen, integren y colaboren en la pastoral litúrgica parroquial.

Los contenidos de la VIII Semana de formación y animación litúrgica, se inspiran en el Año

del Diálogo con el Dios Vivo y Misericordioso que estamos celebrando en nuestra Iglesia diocesana, para vibrar con la Iglesia Universal que celebra el Año de la Misericordia. Es importante recordar que el subsidio temático que ofrece la CODIPAL debe ser estudiado y asimilado por el (los) responsable(s) de la comisión parroquial de pastoral litúrgica, para favorecer la propia actualización y formación de los agentes.

El tema general para esta VIII Semana es «*La celebración de la fe, proyecto de vida cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz*».

Aunque se proponen temas para una semana de animación, se ofrece material para profundizarse y aplicarse a lo largo del año, y esa es la razón por la cual se pone un amplio aparato crítico en algunos temas; tomar en cuenta las

notas y/o referencias en un tema haría demasiado pesada la sesión, pero es de mucha utilidad para responderse a los interrogantes y dudas que puedan surgir, o para hacer más precisiones.

Esta semana debe ser planeada entre el sacerdote asesor del equipo de pastoral litúrgica parroquial y los diferentes coordinadores de los grupos o equipos de los diferentes ministerios litúrgicos.

Es importante retomar la evaluación de la VII Semana de formación y animación litúrgica 2015, para ver qué les puede servir de esa experiencia y ahora qué deben implementar.

Prever un lugar adecuado para la realización de la semana, que incluya sonido y demás medios didácticos, pedagógicos y electrónicos para la realización de la misma.

Distribuir muy bien el tiempo de cada sesión, de tal manera que el material sea aprovechado al máximo y los participantes puedan asimilar mejor el contenido.

Necesario será dar a conocer esta Semana de animación litúrgica en la comunidad a través de los avisos, carteles, invitaciones, etc.

Preparar bien los momentos de la Oración inicial y final, aunque sean breves.

Seguir la metodología del Ver, Pensar, Actuar y Celebrar como están estructurados los temas, tratando al mismo tiempo de enlazar un tema con el otro.

A la luz del contenido y la reflexión de los temas, revisar cómo está funcionando la comisión parroquial de pastoral litúrgica, cómo es asesorada, cómo está su programación y organización y que necesidades tiene. También revisar, con qué frecuencia se reúne la comisión parroquial en pleno para la oración y el estudio.



De lo estudiado en la semana, es bueno llegar a compromisos concretos en vistas a la evaluación y programación próximas, según el tiempo en que se realice la semana. Aclarando que el mejor tiempo propuesto para su realización, es el tiempo pascual. Pero si en alguna comunidad no puede realizarse en éste, puede realizarse en el tiempo y momento que mejor sea conveniente. Lo importante es favorecer la realización de este

espacio oportuno para el estudio y la oración.

Realizar la evaluación de la semana para detectar los aciertos y los errores, e informar de ello a la CODIPAL a través del coordinador decanal de pastoral litúrgica, ya sea Parroquia por Parroquia

o haciendo el vaciado de todo el Decanato, o enviarla directamente al coordinador o secretario de la Comisión Diocesana.

Sugerimos se concluya la semana celebrando la Eucaristía para agradecer al Señor el trabajo realizado en bien de toda la comunidad, y al término de la misma se dedique un tiempo para convivir y se comparta la experiencia vivida.

Esperamos que estas indicaciones, además de las que ustedes puedan prever les ayuden a realizar con mucho éxito esta VIII Semana de Formación y Animación Litúrgica.

De antemano los felicitamos y les auguramos una buena Semana de Formación y Animación Litúrgica. Les recordamos que el buen desempeño de nuestro trabajo pastoral dependerá mucho de cómo sea preparado, coordinado y realizado, de nosotros dependerá el rostro que le queramos dar a la Pastoral Litúrgica Parroquial.

**Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica  
y Piedad Popular**

**Diócesis de San Juan de los Lagos**

- *Codipal* -

**TEMA 1:**

# Liturgia y Oración:

## Claves en el diálogo con el Dios vivo y verdadero<sup>1</sup>.

**I. OBJETIVO:**

Redescubrir que la oración es la garantía de un verdadero conocimiento del Dios misericordioso, vivo y verdadero, para que por dilatado y enternecido el corazón lleguemos al amor concreto con el prójimo.

**2. ORACIÓN:**

**Guía:** A consecuencia del torbellino de la vida diaria, llena de ruidos y prisas, apenas tenemos tiempo para el recogimiento y la contemplación. Esto dificulta la posibilidad de orar. Por otra parte, dadas las relaciones utilitaristas y comerciales, tenemos escasa experiencia de la gratuidad. Precisamente para rescatar la oración es necesario recabar el gusto por lo gratuito, por la comunicación y por el gozo. Orar es estar con Dios, tal como lo enseñó Jesús. Pero orar no es fácil, sobre todo si no se está arropado por una liturgia, por una comunidad. La oración nos descubre el misterio de Dios vivo en el ser humano.

Escuchemos y meditemos la palabra de Dios.

«Al orar, no hablen demasiado, como los paganos, que piensan que Dios escucha a los que hablan mucho. No sean como ellos, pues el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6, 7 -8).

*Indicación: Mientras se quema incienso, todos dicen la siguiente súplica:*

**Entra, Señor, y derrumba mis murallas, que en mi ciudadela sitiada**

**entren mis hermanos,  
mis amigos, mis enemigos.  
Que entren todos, Señor de la vida,  
que coman de mis silos,  
que beban de mis aljibes,  
que pasten en mis campos.  
Que se hagan cargo, mi Dios,  
de mi gobierno.  
Que pueda darles todo,  
que icen tu bandera en mis almenas,  
hagan leña mis lanzas  
y las conviertan en podaderas.  
Que entren, Señor, en mi viña,  
que es tu viña. Que corten racimos,  
y mojen tu pan en mi aceite.  
Y saciados de todo tu amor, por mi amor,  
vuelvan a ti para servirte.  
Entra, Señor, y rompe mis murallas.**

**Guía:** Oremos: Señor, enséñanos el silencio de humildad, el silencio de sabiduría, el silencio de amor, el silencio que habla sin palabras, el silencio de fe. Señor, enséñanos a silenciar nuestros corazones y nuestras mentes para que podamos escuchar el aleteo del Espíritu Santo en nosotros y sentir tu presencia en el fondo de nuestro ser. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

**3. VER**

La Constitución Apostólica «*Dei Verbum*» del Concilio Vaticano II en el n. 4 afirma que el «Dios invisible (Col 1,15; 1Tm 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (Ex 33,11; Jn 15,14-15). Este texto conciliar describe la Revelación de Dios en la categoría de palabra, y más

<sup>1</sup> Teniendo como base el texto de Juan Corbon, Liturgia y Oración, Cristiandad, Madrid 2004.

aún, de diálogo amistoso. Habiendo decidido revelarse, Dios ha hablado a los hombres y ha tomado el lenguaje humano de la amistad con una finalidad muy precisa, la de la comunión de vida. Este diálogo amistoso nos manifiesta como Dios habla el lenguaje de la amistad y del amor.

En nuestra diócesis estamos inmersos en el «Año del diálogo con el Dios misericordioso, vivo y verdadero». Entonces es pertinente preguntarnos ¿Qué significa diálogo? El diccionario Larousse define el vocablo como: «Coloquio, conversación o plática entre dos o más personas». Si nos referimos al diálogo con Dios, este coloquio debe realizarse de un modo concreto, a través de obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez las palabras proclaman las obras y explican su misterio (DV 2). Y Dios que habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas, ahora nos ha hablado por el Hijo (Hb 1,1-2) y a este don, el hombre responde con la fe, que movida por el Espíritu, mueve el corazón para dirigirlo a Dios (DV 4-5).

Y movido por la fe ¿desde dónde se dirige el hombre a Dios? Sin temor a equivocarnos, afirmamos que desde la oración. Ya que la oración, nos hace amigos de Dios, nos introduce en su intimidad y en la riqueza de su vida, hace que permanezcamos en él y él en nosotros. La oración es un verdadero y propio diálogo de amor. Sin esta reciprocidad, sin esta relación de amor que realiza la oración, nuestra vida cristiana se quedaría en meros formalismos: el anuncio del Evangelio no sería más que propaganda; el compromiso de la caridad, una obra de beneficencia, etc. La oración permite encontrar en Dios una vida siempre nueva, y dejarse regenerar y renovar continuamente. La oración no aparta del compromiso

en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir una historia según el designio de Dios.

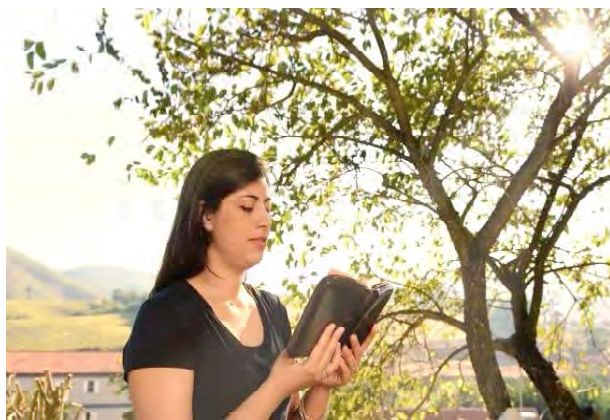
#### 4. PENSAR

Con estos puntos de partida, entonces, «El diálogo con el Dios misericordioso, vivo y verdadero» se realiza a través de la oración, personal y comunitaria. Por eso reflexionaremos sobre el nexo que existe entre la liturgia y la oración, ya que en la liturgia, la Iglesia no deja de orar, siempre aparece la invitación «Oremos...» ¡Todo está ahí! la liturgia como oración; la liturgia como obra de la Iglesia continuadora de la obra que Cristo llevó a cabo con su

propio Sacrificio; obra de glorificación de Dios y de salvación ofrecida a todos los hombres que comunica el mismo impulso de la oración litúrgica (cfr. SC 6 – 7).

Ambas, liturgia y oración, son dos cuestiones sobre las que continuamente nos seguimos preguntando: ¿Qué es la liturgia? Y definirla es que-

rer medir la inmensidad. Pero sin ella no podríamos vivir los avatares de la vida en la cercanía con lo eterno. No puede ser entendida como un mero recuerdo nostálgico de la obra salvadora de Cristo, sino más bien como su realización sacramental; es un acontecimiento dinámico, dialógico, entre Dios y la comunidad reunida. En ella Dios habla a su pueblo y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración (SC 33). Y ¿qué es la oración? Podemos decir que la oración «*es perder el tiempo con Dios, es pasar gratuitamente tiempo con Dios, por la alegría de estar juntos. Es amar, porque dar uno su tiempo es dar su vida. El amor no es ante todo hacer algo por el otro, es tenerle presente*»; de la oración nace una delicadeza, un respeto, una atención, que es precioso regalo para los que encontramos en nuestro camino; en ella el





hombre aprende en esta tierra lo que será su actividad y su alegría durante toda la eternidad: extasiarse ante la belleza divina: adoración, admiración, alabanza y acción de gracias; recupera el corazón y la mirada de niño para maravillarse ante la belleza que está por encima de toda belleza, ante el amor que trasciende todo amor. También la podemos definir como el *encuentro de la sed de Dios con la sed del hombre* (cfr. CEC 2560), el encuentro entre una y otra se realiza en un lugar preciso: Cristo. Ahí la oración del hombre llega a ser oración cristiana y, por ser oración de Cristo, asume y transfigura todo lo que es humano.

Dos argumentos distintos -liturgia y oración-, pero no autónomos, sino en una ósmosis continua (cfr. SC 10). Algo anda mal en la vida cristiana cuando no hay coherencia entre liturgia y oración, porque la oración es la que permite interiorizar la liturgia y la liturgia es siempre participación en la oración de Cristo. ¿Qué es, en el fondo, la celebración de la Eucaristía, que nos dejó el Señor? Una gran oración: la oración existencial de Jesús, a la cual nos asocia.

En la economía divina, la salvación se dispensa fundamentalmente en el seno de la plegaria sponsal. Según el Catecismo de la Iglesia (CEC), en el n. 2656 se afirma: «*Se entra en oración como se entra en la liturgia*», ya que, la celebración eucarística, se realiza en función de la oración. Así podemos entender que en torno a la celebración eucarística, esa «*elevación del alma hacia Dios*» (cfr. CEC 2559) que es la oración, como ese otro movimiento hacia arriba que es la anáfora, son eso: ascensiones *in Deum*. El movimiento de la anáfora nos lleva hacia lo alto («Levantemos el corazón: Lo tenemos levantado hacia el Señor»), hasta estar «*sentados en los cielos en Cristo*» y por eso la Iglesia da gracias. Se trata de

la osadía de orar a Dios en Dios. La oración, en definitiva, viene a actualizar sobre el altar del corazón el misterio del amor celebrado en la Eucaristía.

Según J. Corbon, (y desde la perspectiva que presenta el CEC –IV Parte: La oración cristiana, 2558 ss.-), la inteligencia de la fe es tal que la oración cristiana sólo puede ser pensada y vivida en la unidad del misterio de Cristo y, en consecuencia, se le debe categorizar como una realidad interior a la fe y basada en la fe, fortificada por los sacramentos y actuante en la caridad, en una palabra, integrada en la coherencia interna del misterio cristiano. Es decir, en la comunidad cristiana, en el aquí, ahora y siempre, la oración se funda en la fe, se autentifica por la caridad y se alimenta con la Eucaristía. Podemos afirmar entonces que el corazón de una Iglesia se conoce al orar en ella «la Iglesia que ora con su Señor está en un espacio liberado de la muerte, un espacio que está «en» este mundo pero que está abierto al Reino, este espacio es sacramental. Es la comunidad orante en estado de Epiclesis: nosotros no sabemos orar (Rm 8, 26) mientras el Señor no nos enseñe por su Espíritu Santo. En la oración, la pedagogía del Espíritu Santo no es sólo enseñanza, sino también transformación: en la oración, la energía del Espíritu Santo nos diviniza (es deificante).

La oración es la única que nos asegura que podemos vivir en diálogo continuo y constante con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Es decir, si la oración de Cristo, se hace nuestra es porque de verdad estamos unidos a Él. Esta es la situación existencial de nuestra oración. Orar en Cristo es, en efecto, la experiencia más sencilla y más profunda de nuestra existencia como comunión con nuestro Padre. Ahora bien, «Como niños recién nacidos» (1Pe 2,2), no aprendemos a rezar

<sup>2</sup> San Pedro de Alcántara, un franciscano del siglo XVI que fue un apoyo importante para Santa Teresa de Jesús, se refiere así sobre la oración: «En la oración, se alimpia el ánimo de los pecados, apaciéntase la caridad, certíficase la fe, fortalecese la esperanza, alégrese el espíritu, derrítense las entrañas, purifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del cielo, entre los cuales arde la llama del divino amor». San Pedro de Alcántara, en: Jacques Philippe, La oración, camino de amor, Patmos, Madrid 2014, 15-16.

a nuestro Padre en los libros, por muy útiles que sean, sino en el Cuerpo vivo de su Verbo, en su Iglesia. De toda edad y condición cultural, los bautizados pueden crecer en su fe viva acogién-dose a la Palabra del Padre anunciada por la Iglesia, celebrando el misterio de la salvación en la liturgia y llevando el fruto del Espíritu Santo en la caridad. Es en este contexto existencial y eclesial donde se sitúa la novedad de la oración cristiana, que no es otra cosa que comunión viva con el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

En su origen, el movimiento de la oración aparece como ímpetu hacia Dios. Que este ímpetu sea llevado por la admiración y la alabanza, o surja de la angustia o de la esperanza, siempre expresa una búsqueda para tornar hacia nuestro Dios. Esta es una de las novedades de la oración cristiana: nuestro camino para llegar a conocer a Aquel a quien buscamos no es otro que el camino que ya ha recorrido Aquel que nos ha buscado siempre. Desde el momento que nos proponemos empezar a orar, el Espíritu filial nos une a Jesucristo y podemos «conocer» al Padre en la fe, en la esperanza y en el amor. Nuestro Padre es el principio y el fin de nuestra oración. La oración cristiana se revela a la experiencia como un «don», como un don gratuito que nos recuerda que nuestro Dios nos ama siempre primero y fielmente. En este sentido, la oración cristiana, siendo eclesial y personal, actualiza de un modo invisible la Economía de la salvación en los últimos tiempos, para que todos se salven.

Esta relación íntima entre la Economía de la salvación y la oración cristiana la vivimos implícitamente en nuestras celebraciones litúrgicas, puesto que es allí donde el Espíritu Santo nos enseña a orar al Padre en su Cristo.

La oración, nos dice san Juan Damasceno, es una «*elevación del alma hacia Dios*». Así nuestra oración es una «elevación» con Cristo en la medida en que haya sido un «descenso» con Él. El ímpetu de la oración, suscitado por el Espíritu Santo, en el movimiento de fe que nos hace participar en la Resurrección de Jesucristo, pero todo depende de la profundidad de la verdad desde la cual sube este ímpetu. La oración cris-

tiana, si realmente es la de Cristo en nosotros, siempre deberá despertarse en la humildad misma de Jesucristo «...*te alabo Padre, porque haz escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los humildes y pequeños...*» (cfr. Lc 10, 21). ¿Cuál es el lugar recóndito desde el cual se eleva nuestra oración? Se trata del corazón. El corazón es lo que ora (cfr. CEC 2562 – 2563). Si se ha alejado de Dios, la expresión de la oración es vana: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15, 8; Is 29, 13). Entonces la oración cristiana es una sinergia divino-humana. Une misteriosamente las energías divinas y el dinamismo de nuestra libertad, a la vez tan noble y tan frágil. En la oración, el Espíritu Paráclito, enviado a nuestros corazones, nos conduce hacia la verdad toda entera, y ya que está injertada en Cristo, es Jesús quien reza en nosotros y con nosotros. Pero la fuente y el término del movimiento de nuestra oración es el Padre. Esta oración de los «pequeños», de comunión con el Padre, es esencialmente un movimiento de amor, así, se reza como se vive, pero se vive como se ama. No podemos orar si, de una manera u otra, nuestro corazón está cerrado a los demás. Si desfallece la oración, sucumbimos a las tentaciones contra la caridad, en nuestros juicios, palabras, actos u omisiones. Más que temporadas fuertes de oración, la existencia cristiana es una vida de oración, enraizada en la Pascua del Señor que no cesa jamás. «La oración es, en este sentido, nuestra sed de Dios».

Por lo tanto: la oración cristiana es comunión (cfr. CEC 2565), diálogo de amor del Padre y de sus hijos, y es en la Eucaristía donde el Espíritu Paráclito enseña a la Iglesia como ha de dirigirse al Padre estando unida a Jesús, su Señor. Así, «hacer Eucaristía», según la bella expresión de la Iglesias primitivas, va mucho más allá de una oración personal de agradecimiento hacia nuestro Padre: es celebrar el Acontecimiento fundador del nuevo Pueblo de Dios, el misterio del designo de amor del Padre por el cual la Pascua de su Hijo único se convierte en la de sus hijos. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, se con-

vierte en lo que es: el Cuerpo de Cristo crucificado y resucitado.

Profundizaremos en siete constantes de esta oración, inseparablemente eclesial y personal:

#### *a. Colocarnos ante Dios*

Adentrarse en la oración o en la celebración eucarística significa entrar «donde el Mesías está sentado a la derecha de Dios (Col 3,1). Es allá, ante el Rostro del Padre, donde, tras la Ascensión, se celebra la liturgia eterna (Ap 5) de la cual nuestras liturgias eucarísticas participan sacramentalmente.

#### *b. Retornar hacia el Padre*

Una celebración eucarística entraña tiempos de conversión y de reconciliación. Lo mismo que nuestra vida de oración. Los invitados a la Mesa del Señor son pecadores perdonados, con la condición de que se hayan perdonado los unos a los otros.

#### *c. Como ofrenda*

En la Eucaristía, es «Cristo quien se ofrece y es ofrecido». Unidos a Él en la Comunión del Espíritu Santo, somos nosotros, con Él, quienes somos ofrecidos al Padre. La ofrenda es la disposición más gratuita del corazón, la más pobre, la más veraz ante nuestro Padre, aquella de la criatura que no es nada en sí misma frente a Aquel que es su Todo.

#### *d. Como sacrificio espiritual*

El Sacrificio del Hijo es el despojo total de sí mismo, y es esta plenitud de amor la que viene a abolir nuestra separación con el Padre y a disipar el espejismo de la muerte. Así, participar en su Sacrificio en la Eucaristía no es ofrecer cualquier cosa, sino decidir no pertenecernos ya más a nosotros mismos, ser de Aquel que se ha entregado por nosotros y, en el amor, ofrecernos «como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como... culto auténtico (Rm 12, 1). Es en el altar del corazón donde se decide el amor de predilección por la gloria del Padre y la vida de sus hijos.

#### *e. La epiclesis del corazón*

Toda celebración litúrgica entraña muchas epiclesis (invocación eficaz del Espíritu Santo). En la Eucaristía, la epiclesis por excelencia surge en el centro de la anáfora consecratoria. Así, el sacerdote y la asamblea, unidos a Cristo, suplican al Padre que envíe su Espíritu Santo sobre los donde allí ofrecidos, para que manifieste que son transformados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, y para que aquellos que comulgan sean un solo Cuerpo y un solo Espíritu en Cristo.

#### *f. En grandeza de amor*

La grandeza de amor de nuestro Padre, que su Espíritu nos ofrece en Cristo, no puede quedar limitada al «pequeño rebaño» reunido en la Eucaristía: se extiende sobre los humanos y a cada uno de una manera única.

#### *g. Padre nuestro que estas en el cielo*

Participar en el designio de amor de nuestro Padre es justamente lo que confirma el momento en el que se sitúa la Oración dominical en la celebración de la Eucaristía, es decir, en la cumbre de la anáfora consecratoria y a la puerta del festín del Reino, la comunión. Esta oración por excelencia a nuestro Padre, la podemos expresar en todo momento, personalmente o en comunidad, pero es en la Eucaristía cuando adopta su sentido pleno, debido a su relación íntima con la Economía de la salvación.

Si la oración cristiana es una respuesta al Padre que nos ha amado primero, con cuánta más razón, en ese momento, la oración de la Iglesia a nuestro Padre es la «respuesta» por excelencia a todo su designio de amor. Celebrada así, en la Eucaristía, sin quitar el altar del corazón, la oración a nuestro Padre es escuchada y colmada por el don de su Vida en el Cuerpo y la Sangre de su Hijo amado. La oración cristiana puede entonces llegar a ser aquello que celebra: misterio de comunión.

## 5. ACTUAR

A modo de conclusión, retomamos las palabras del papa Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte* 32, en que invitaba para que toda comunidad cristiana fuese ante todo lugar de educación en la oración:

... «Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas ‘*escuelas de oración*’, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el ‘arrebato del corazón’. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios.

Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino ‘*cristianos con riesgo*’. En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizá acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición».

Hagamos un pequeño ejercicio. Analizada nuestra realidad y habiendo profundizado en la esencia de la oración y su consecuencia en el obrar cristiano, comentemos entre el grupo ¿qué consecuencias tiene la vida de oración y la participación en la Eucaristía en la vida de la comunidad y en el contacto con el prójimo? ¿Se lleva a la práctica? La invitación «Vayamos a vivir lo que hemos celebrado» al concluir la celebración ¿es entendida y llevada a la práctica?

## 6. CELEBRAR

**Guía:** Terminemos nuestra reflexión, con una oración de sor Faustina que expresa con gran belleza, cuán lejos y qué profundidad puede alcanzar la oración que provoca la sensibilidad

para la misericordia; qué significa ésta concretamente para un cristiano y de qué es capaz:

*La siguiente oración se puede hacer a dos coros o como lo vean más conveniente:*

Ayúdame, Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarlo.

Ayúdame, Señor, a que mis oídos sean misericordiosos, para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus sufrimientos y quejas.

Ayúdame, Señor, a que mi lengua sea misericordiosa, para que jamás hable negativamente de mi prójimo, sino que siempre tenga una palabra de consuelo y perdón para todos.

Ayúdame, Señor, a que mis manos sean misericordiosas y estén llenas de buenas obras, para que sea hacer a mi prójimo exclusivamente el bien y cargue sobre mí las tareas más difíciles y penosas.

Ayúdame, Señor, a que mis pensamientos sean misericordiosos, para que siempre me apresure a socorrer al prójimo, venciendo mi propia fatiga y cansancio. El reposo verdadero está en el servicio al prójimo

Ayúdame, Señor, a que mi corazón sea misericordioso, para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo. A nadie le rehusaré mi corazón. Seré sincero incluso con aquellos que sé que abusarán de mi bondad. Y yo mismo me encerraré en el corazón misericordioso de Jesús. Soportaré mis propios sufrimientos en silencio. Que tu misericordia, oh Señor, repose en mí.

Tú mismo me ordenas que me ejercite en tres peldaños de la misericordia. Primero, la acción misericordiosa, de todo tipo. Segundo, la palabra misericordiosa: lo que no soy capaz de llevar a cabo como acción debe acontecer por medio de palabras. Tercero, la oración: en caso de que no pueda mostrar misericordia con hechos ni con palabras, siempre puedo recurrir a la oración. Mi oración llega incluso allí donde yo no puedo hacerme corporalmente presente. Oh Jesús mío, transóformame en ti, pues tú lo puedes todo. Amén



**TEMA 2:****ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA**

*«Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas obrarán juntamente para su bien, para los que conforme a su propósito son llamados» (Rm 8,28).*

**I. OBJETIVO:**

**Reconocer que toda nuestra vida cristiana está fundada en el ejercicio auténtico de la liturgia como culmen y fuente de nuestro ser cristiano, para celebrarla dignamente.**

*do, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno y aceptable (agradable) y perfecto». Palabra de Dios.*

**2. ORACIÓN:**

**Guía:** La vida espiritual forma parte importante de nuestro ser cristiano. No podemos tomar solo lo que nos guste de los sacramentos o de las celebraciones que realizamos, ni tampoco debemos solo participar en aquellos momentos de la vida espiritual en los que me siento tomado en cuenta o soy el protagonista; la vida espiritual es en conjunto la vida de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

**Todos:** Señor, que comprendamos la importancia de dejar espacio en nuestra vida para preparar nuestra participación en los actos litúrgicos y de piedad popular, que sepamos estar dispuestos a participar activamente y alegremente en los diversos sacramentos, momentos litúrgicos y de piedad popular, para que podamos dar testimonio de una vida cristiana fundada en la fe la Iglesia y en la espiritualidad litúrgica.

Leer en la Biblia: Rm 12,1-2.

*«Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios, que es el culto racional de ustedes. Y no se adapten (no se conformen) a este mun-*

**3. VER:**

**Guía:** Para el cristiano, cada día de su vida, debe estar fundado y cimentado en la liturgia, en la celebración de los sacramentos, sobre todo de la Iniciación Cristiana y de la Eucaristía, así como también sobre la celebración de la Liturgia de las Horas, todo ello, en el marco del año litúrgico.

**Lectura:** *Los ingredientes del bizcocho*

Un niño le contaba a su abuelita que todo iba mal: tenía problemas en la escuela, no se llevaba bien con la familia, y con frecuencia tenía enfermedades. Entretanto, su abuela confeccionaba un rico pastelito.

Después de escucharlo, la abuelita le dice:

—¿Quieres una merienda?

A lo cual el niño le contesta:

—¡Claro que sí!

— Toma, aquí tienes un poco de aceite de cocinar.

— ¡Puaf! — dice el niño, con un gesto de asco.

— Entonces, ¿qué te parecen un par de huevos crudos?

— Arrr, ¡abuela! ¡No me gustan los huevos crudos!

— Entonces, ¿prefieres un poco de harina de trigo, o tal vez un poco de levadura?

— Abuela, ¿te has vuelto loca?, ¡todo eso sabe horrible!

Con una mirada bondadosa, la abuela le responde:

— Sí, todas esas cosas saben horrible, cada una aparte de las otras. Pero si las pones juntas en la forma adecuada, haces un delicioso pastelito. Dios trabaja de la misma forma. Muchas veces nos preguntamos por qué nos permite andar caminos y afrontar situaciones tan difíciles. ¡Pero cuando Dios pone esas cosas en su orden divino, todo obra para bien! Solamente tenemos que confiar en Él y, a la larga veremos que Dios hace algo maravilloso.

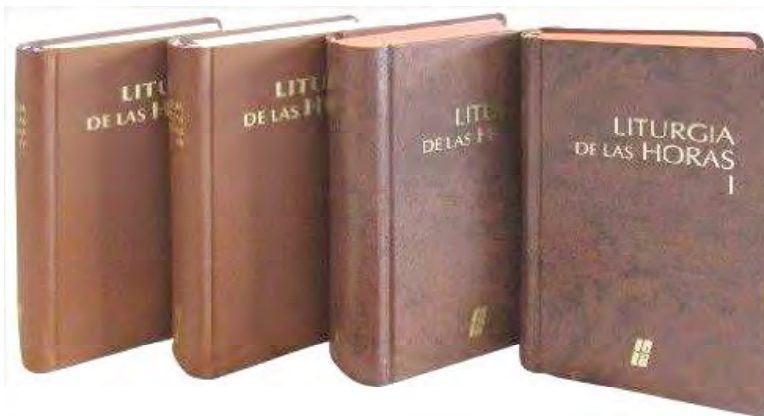
*Nos preguntamos:*

- 1.- **Cuántas veces he pedido un sacramento o vivido un acto litúrgico o devocional por separado, sin ver cómo se integra en la vida espiritual de la Iglesia?**
- 2.- **Por qué las personas ahora no vemos la vida espiritual como un componente importante, integral, del ser humano?**

---

#### 4. PENSAR:

Cuando hablamos de espiritualidad litúrgica podría parecer como si habláramos de una espiritualidad más, por ejemplo: espiritualidad franciscana, benedictina, diocesana, clarisa, etc. Sin embargo, y sin menospreciar a quienes hablan de la forma antes citada, la espiritualidad litúrgica es la espiritualidad oficial y universal de la Iglesia. No excluye las devociones particulares y privadas, que se derivan de ella y a ella conducen (cfr. CEC 2655; 2662). Pero es la actitud del cristiano que funda su vida, toda su vida humana vivida conscientemente, sobre el ejercicio auténtico de la liturgia, de manera que la liturgia se convierte en la cumbre y fuente de todo su actuar (cfr. SC 10), así viviendo el Misterio Pascual en cada uno



de los momentos litúrgicos, se prepara «antes», de manera que, cuando participa «en» ellos, los vive de manera que estos le llevan «después» a actuar de una manera coherente, llevando el misterio a las actividades de la vida cotidiana, a la santificación mediante la conformación con Cristo crucificado y resucitado, en la esperanza de la vida eterna, realizando su vida como una alabanza continua para gloria de Dios.

##### a) Antes:

Cuando nos referimos al «antes» debemos entender la importancia de prepararnos y disponernos siempre para las acciones litúrgicas. Cuántas veces hemos escuchado que las cosas de Dios se deben recibir santamente. Así como cuando nos preparamos para una fiesta, bautismo, XV años, matrimonio, etc., y por desgracia pensamos en todo menos en la celebración, así nuestra participación en las acciones litúrgicas deben tener un «objetivo»: que será el de celebrar dignamente los misterios. Es necesario entender correctamente el término *objetivo*, no indica un actuar impersonal y frío, sino que es necesario apropiarse de esa realidad *objetiva*

con un empeño absolutamente personal, y a continuación actuarla de manera viva.

Este objetivo debería de tener como fundamento la ilustración teológica permanente, la inserción de lo que celebramos en la economía

salvífica de la cual somos partícipes a partir de la palabra de Dios que es quien convoca, ya que todas las acciones litúrgicas tienen una buena dotación de Sagrada Escritura, porque la liturgia gira y surge de escuchar la Palabra (cfr. CEC 2654); bajo la guía del Espíritu Santo, para la realización de una vida auténticamente espiritual. Cabe recordar que una de las características de la liturgia es su esencia trinitaria: se dirige al

Padre, por Cristo, suscitada por el Espíritu Santo (cfr. CEC 2655). Y, sobre todo, tratar de realizarlas dentro de la norma objetiva de la liturgia; esto significa basarse en la liturgia romana, en las prescripciones o normas que muchas veces damos por conocidas o sentadas y que fácilmente descuidamos a la hora de preparar las celebraciones o acciones litúrgicas. Así que no debemos olvidar consultar de vez en cuando las introducciones de los libros litúrgicos (*prenotandas*) y las letritas en rojo (*rúbricas*). aseguran la eclesialidad de nuestra acción.

En este punto diríamos que una acción litúrgica, nos lleva a Cristo y a su acción salvífica. Jesucristo sigue siendo, por tanto, la norma última de la edificación de nuestra vida espiritual, por consiguiente no debemos escatimar en preparar una acción litúrgica con toda la dignidad y recursos necesarios ya que esta nos llenará de la vida espiritual.

**b) En (durante):**

Romano Guardini cuando habla del encuentro con Cristo en las celebraciones de los misterios, dice que en los espacios de la celebración, entramos en un momento supra-histórico, o *Kairos* (tiempo de salvación, tiempo de Dios, de cualquier manera fuera de nuestra historia, es atemporal). Ese estar directamente delante de Cristo, ese supra-histórico estar presente el Redentor y su vida, llena todo el acontecimiento litúrgico... Se trata simplemente de una forma particular de aquella relación directa con el Redentor que existió históricamente, pero ahora presente de manera suprahistórica..., que se enraíza no en el individuo, sino en la comunidad; se realiza no en acontecimientos, experiencias y tareas de la vida cotidiana, sino en los contenidos, procesos y formas de la vida contemplativa, en el servicio de Dios y en el culto. En la liturgia la comunidad creyente, y en particular dentro de ella, está en esa relación directa con el Redentor; más aún, en un acto esencialmente contemplativo de meditación, oración, participación y unión con el sacrificio y el sacramento... Nos encontramos frente a la realidad más íntima de la liturgia, frente a la realidad del misterio (Ver

«NUEVO DICCIONARIO DE LITURGIA», Romano Guardini).

Es el misterio de Cristo que se celebra con la mirada vuelta a su núcleo específico y esencial, pero también observando los ritos, los textos y la ordenación de las fiestas establecidas por la Iglesia, tal y como son en concreto, como herencia de una tradición secular y de su revisión querida por el Concilio Vaticano II, y así como los ha aprobado la autoridad del papa y de los obispos, respectivamente; dentro de un marco histórico como es el año litúrgico. Vivimos la espiritualidad litúrgica como actuación del misterio de Cristo en la liturgia de la Iglesia durante todo el año litúrgico.

Ciertamente, la liturgia no agota toda la acción de la Iglesia (cfr. SC 9); pero, en cambio, «es la cumbre a la que tiende toda la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10). Porque la realización concreta de la espiritualidad litúrgica tiene lugar de diferentes maneras y a diversos niveles conectados entre sí, e incluso interpenetrantes. Celebramos el misterio de Cristo en la acción sagrada de la Liturgia de las Horas, de la Eucaristía y de los otros sacramentos, en la predicación de la palabra de Dios y en la lectura meditativa de la Sagrada Escritura y en la oración que brota de todo ello, o sea en la *oratio*, y en la reflexión en la presencia de Dios en Cristo.

De aquí la importancia de vivir el encuentro, la contemplación, la participación de la liturgia, sabiendo que nosotros, los cristianos de hoy, estamos en contacto con Él en una conexión y relación real, en un ser-renovados mediante la fe y en un ser-marcados mediante el bautismo, en un proceso por el que nos configuramos con Cristo en su figura, obra, Pasión, Muerte y Resurrección en una nueva existencia. Cuando vivo los misterios y la espiritualidad litúrgica que de ellos nace en mí, se renueva mi existencia, como en cada cristiano, y todo ello sucede por medio de Cristo en la Iglesia. De aquí que la espiritualidad de la Iglesia sea eclesial, comunitaria y en comunión fraternal.

**c) Después:**

Una vez terminada la celebración, la acción sagrada nos impulsa «a los fieles a que, saciados con los sacramentos pascuales, seamos concordes en la piedad..., conservemos en la vida lo que recibimos en la fe...», nos «enciende y arrastra... a la apremiante caridad de Cristo» (SC 10). La comunión con el Señor, instaurada en la liturgia, invita además a la oración personal y a estar dispuestos a asumir en la propia vida los sufrimientos de Cristo, que muere para la transformación de todo el hombre, para que, «recibida (por el Padre) la ofrenda de la víctima espiritual», los hombres nos convirtamos en «ofrenda eterna» (SC 12). Todos los demás ejercicios piadosos se subordinan a las normas objetivas de estas *leyes* de la Iglesia y de estas formas de su liturgia (cfr. SC 13).

Hacer vida la liturgia es ponerle espíritu a la vida o hacer con espíritu todo lo que tocamos y realizamos diariamente mediante el testimonio. La genuina espiritualidad litúrgica es siempre la unión de una celebración santa y de su continuación en la vida. El «después» se convierte en la realización y la irradiación de todo esto en la vida cotidiana del individuo y de la comunidad, para que todo el individuo en cuanto persona y la comunidad en cuanto compuesta de personas vivas -sea «en Cristo Jesús», «en el Espíritu»-; esté en marcha hacia el Padre (cfr. Ef 2,18; 3,16 - 4,16).

Tomemos como ejemplo algunas partes de las oraciones utilizadas en la eucaristía: «Vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron» (colecta, lunes de la octava de Pascua); «...que el Espíritu Santo sea siempre nuestra fuerza y la eucaristía que acabamos de recibir acreciente en nosotros la salvación» (postcomunión Domingo de Pentecostés); «...la fuerza del sacramento pascual, que hemos recibido, persevera siempre en nosotros» (postcomunión II Domingo de Pascua); «...que comprendamos mejor la inestimable riqueza del Bautismo que nos ha purificado, del Espíritu que nos ha hecho renacer y de la Sangre que nos ha redimido...» (colecta II Domingo de Pascua). Estas oraciones nos dicen con qué disposición debemos vivir todos los bauti-

zados para poder llevar a la práctica lo que se nos ha comunicado en la celebración eucarística. La espiritualidad litúrgica es decididamente la espiritualidad de la realización, y conlleva la exigencia de realizar concretamente todo lo antes celebrado, a testimoniar la gracia de Cristo en medio de los órdenes mundanos, a socorrer con amor, a construir la comunidad y a hacer progresar el Reino de Cristo en el mundo, en la esperanza de que el Dios omnipotente completará todo en su Reino eterno en una medida inmensamente superior de lo que nosotros podemos desear, imaginar y pedir.

**5. ACTUAR:**

- 1.- **¿Qué acciones concretas realizo para alimentar mi vida espiritual y comunitaria?**
- 2.- **¿Qué nuevas luces me da este tema para mi vida personal y para las relaciones fraternas?**

**6. CELEBRAR:**

**Guía:** Señor que comprendamos y amemos la espiritualidad litúrgica.

**Todos:** Sabemos que es una espiritualidad sacramental.

**Guía:** Que tengamos la disponibilidad para celebrar los grandes sacramentos de la Iglesia de una forma viva, con una participación consciente, activa y llena de fe, según la norma de esos sacramentos.

**Todos:** Y que después, sepamos insertar toda la vida en las dimensiones inconmensurables de la obra salvífica de tu Hijo; para que, muertos y resucitados con él, llenos de su santo Espíritu, tendiendo siempre a celebrar su memorial a lo largo de los tiempos del año y del día, dispuestos a hacer penitencia y a dejarnos vigorizar en la enfermedad y frente a la muerte, y revestidos de la gracia de estado, estemos capacitados para edificar el cuerpo de Cristo dentro de la Iglesia y de la comunidad humana.

**Guía:** Ya que somos cuerpo de Cristo unidos a Jesús decimos, *Padre nuestro...*



**TEMA 3:**

# LA LITURGIA DE LAS HORAS: LA IGLESIA QUE, EN CRISTO, DIALOGA CON EL PADRE MISERICORDIOSO



«Oren en todo momento» (1 Tes 5,17)  
«Durante el día el Señor me brinda su amor,  
por la noche mi canto y mi oración son para el Dios de mi vida» (Sal 42,9)

**I. OBJETIVO:**

Conocer y reflexionar sobre la naturaleza de la Liturgia de las Horas como oración de toda la Iglesia, para valorar su importancia como ejercicio del Sacerdocio de Cristo y fuente de piedad personal y comunitaria, y expresión del diálogo santificante con el Padre misericordioso.

**2. ORACIÓN:**

*Guía:* Dios mío, ven en mi auxilio.

*Todos:* Señor, date prisa en socorrerme.

*Himno proclamado por todos a una voz:* 1.

Estate, Señor, conmigo  
siempre, sin jamás partirte,  
y cuando decidas irte,  
llévame, Señor, contigo;  
porque el pensar que te irás  
me causa un terrible miedo  
de si yo sin ti me quedo,  
de si tú sin mí te vas.

2. Llévame, en tu compañía  
donde tú vayas, Jesús,  
porque bien sé que eres tú  
la vida del alma mía;  
si tú vida no me das  
yo sé que vivir no puedo,  
ni si yo sin ti me quedo,  
ni si tú sin mí te vas.

3. Por eso, más que a la muerte  
temo, Señor, tu partida,  
y quiero perder la vida  
mil veces más que perderte;  
pues la inmortal que tú das,  
sé que alcanzarla no puedo,  
cuando yo sin ti me quedo,  
cuando tú sin mí te vas. Amén.

*Salmo 92*

*proclamado alternando a dos coros:*

1. *Es bueno dar gracias al Señor, y cantar, Dios Altísimo, a tu Nombre;*
2. *proclamar tu amor de madrugada, y tu fidelidad en las vigili-  
as de la noche,*
  1. *con el arpa de diez cuerdas y la lira, con música de cítara.*
  2. *Tú me alegras, Señor, con tus acciones, cantaré jubilo-  
so por la obra de tus manos.*
1. *¡Qué grandes son tus obras, Señor, qué profun-  
dos tus designios!*
2. *El hombre insensato no conoce y el necio no  
entiende estas cosas.*
  1. *Si los impíos crecen como la hierba y florecen  
los que hacen el mal, es para ser destruidos  
eternamente:*
  2. *tú, en cambio, eres el Excelso para siempre.*
    1. *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.*
    2. *Como era en el principio, ahora y siempre, y  
por los siglos de los siglos. Amén*

**Oración:** Aumenta, Señor, nuestra fe, para que esta alabanza que brota de nuestro corazón vaya siempre acompañada de frutos de vida eterna. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

### 3. VER:

*Compartamos las siguientes preguntas:*

- 1.- **¿Qué formas concretas de orar nos propone la Iglesia?**
- 2.- **¿Qué sabemos de la «Liturgia de las Horas»?**
- 3.- **¿Qué quieren decir las palabras: «Laudes», «Vísperas», «Completa»?**
- 4.- **¿Qué entendemos por «Santificar el día»?**

### 4. PENSAR:

En la palabra de Dios encontramos varias invitaciones a la oración, con constancia y en vigilancia:

*«Es necesario orar siempre y no desfallecer» (Lc 18,1). «Estén prevenidos y oren incesantemente, para quedar a salvo de todo lo que ha de ocurrir» (Lc 21,36). «Alégrense en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración» (Rm 12,12). «Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados» (Col 3,16). «Cuando se reúnan, reciten salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y celebrando al Señor de todo corazón» (Ef 5,19-20). «Día y noche, le pedimos con insistencia» (1Tes 3,10).*

*«Ustedes oren de esta manera: Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, que venga tu Reino, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido. No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal» (Mt 6,9-13; cfr. Lc 11,2-4). «Tam-*

*bién les aseguro: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Lc 11, 9-10).*

Este Año Jubilar de la Misericordia nos propone -entre otras cosas- el intensificar la oración cristiana como medio de encuentro con la bondad divina y de fortalecimiento interior para vivir las actitudes propias de este jubileo.

La oración, en cuanto diálogo con el Padre que nos escucha y nos brinda su amor, nos ofrece grandes riquezas: por una parte, nos ayuda a tomar conciencia de nuestro ser de hijos y, por lo tanto, necesitados de la gracia y de la cercanía de Dios; por otro lado, nos permite mantenernos en un constante contacto con la persona y la vida de Dios mismo. Como dice el Papa Francisco: «Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme» (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la



misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos» (*Misericordiae Vultus*, 14).

La oración, es un acto religioso de alto valor, que tiene sus raíces en el fondo de todo ser humano en cuanto criatura de Dios, independien-

temente de sus creencias. En efecto, «ya que el hombre proviene todo él de Dios, debe reconocer y confesar este dominio de su Creador, como en todos los tiempos hicieron, al orar, los hombres piadosos» (OGLH 6). En esta oración hay o puede haber un vínculo, consciente o no, del orante con Cristo salvador, y entonces es ciertamente válida ante Dios, también en orden a la salvación. «La oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único Mediador, por quien tenemos acceso a Dios. Pues de tal manera él une a sí mismo a toda la comunidad humana, que se establece una unión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y sólo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin» (OGLH 6).



Sin embargo, la Iglesia, entre todas las formas de oración cristiana, privilegia la litúrgica, reconociendo que, «por su naturaleza, está muy por encima» de las demás (SC 13). Efectivamente, la Iglesia ha elaborado su estructura, la ha compuesto con textos bíblicos y patrístico y, a menudo, a lo largo de los siglos, ha dedicado un empeño especial para reformarla y adecuarla a las diferentes exigencias históricas, ha controlado diligentemente sus planteamientos teológicos y espirituales, ha buscado su decoro y dignidad literaria y musical, ha redactado minuciosamente su normativa.

La historia de la LH, como oración específica de la Iglesia, tiene su arranque decisivo en el ejemplo y el mandato de Cristo. De los Evangelios se desprende que la oración llenaba y fortalecía toda la vida del Salvador, hasta el punto de formar el alma de su ministerio mesiánico y de su éxodo pascual (cfr. OGLH 4). Además, está explícitamente documentado su pensamiento sobre la Iglesia, comunidad de oración (cfr. OGLH 5).

Es lo que recibieron plenamente los apóstoles y los primeros cristianos, que no sólo se hicieron eco de los mandatos de orar siempre, dados por el divino Maestro, sino que efectivamente perseveraron en la oración, así como en la escucha de la palabra, juntamente con la celebración eucarística y la comunión fraterna (cfr. OGLH 1). Es convicción profundamente enraizada en la conciencia de la Iglesia que la oración a lo largo del día del

oficio divino se remonta a la oración continua recomendada y también practicada por Jesús (cfr. OGLH 10) y por la comunidad apostólica, quienes oraron también con los salmos (cfr. Mt 27,46; Lc 23,46; Col 3,16).

Para garantizarse el cumplimiento de lo que considera uno de sus cometidos principales

(cfr. OGLH 1) la Iglesia ha vinculado jurídicamente a los sacerdotes y a muchos religiosos al ejercicio de esta acción litúrgica (no se reza «por obligación» sino para permitir que la Iglesia realice su misión de Cuerpo Místico permanentemente unido a su Cabeza).

La comunidad apostólica observaba el uso de los hebreos de la triple oración: por la mañana, a mediodía y por la tarde; y no se desconocía la oración nocturna (cfr. Lc 6,12; He 16,25). A partir del siglo IV se difundió mucho la costumbre de los cinco tiempos, recordada ya por Tertuliano y por otros: laudes, tercia, sexta, nona, vísperas. Algunos ambientes añadieron otros dos: *prima*, señalada para Belén y otros lugares por Casiano, y *completas*, de las que habla él mismo, y antes san Basilio. Enseguida se hizo común el de ocho tiempos, correspondientes a los siguientes oficios: nocturnos, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas, completas. Uno de los medios más determinantes para la divulgación del sistema de ocho tiempos en Occidente fue la Regla de san Benito, que recibió amplia difusión a partir del



siglo VIII. El número permaneció en el oficio romano hasta el Vaticano II, que suprimió la hora de prima.

### La Liturgia de la Horas según el Concilio Vaticano II:

Estas son algunas de las características con las que el Concilio Vaticano II formuló la nueva manera de orar con la Liturgia de las Horas, tomando distancia de la realización mecánica y legalista que había previamente, pero redescubriendo su espiritualidad:

a) *Oración de todo el pueblo de Dios.* El oficio divino no era oración propia del clero y de los monjes, como había acabado siendo en una época de decadencia litúrgica, sino celebración de todos los bautizados. Por eso gira principalmente en torno a laudes y vísperas, definidos como el doble quicio del oficio diario (cfr. SC 89a) y reelaborados para la celebración popular. Los laicos, en grupo y como individuos, al celebrar aunque sólo sea una parte de la LH, ejercen la misión de la Iglesia orante (cfr. SC 85), llevan a cabo una acción litúrgica y un culto público y contribuyen a la salvación de todo el mundo (cfr. OGLH 27); se exhorta vivamente a los laicos a hacer de la LH, total o parcial, su oración (cfr. SC 100; OGLH 22; 23; 27).



b) *Santificación de la Jornada.* La celebración de cada una de las Horas responde a un momento del día, y pide la reforma ajustarse al horario del día. termina así una práctica de rezar todo junto por la mañana o por la noche, e incluso adelantar días. cada hora, en su mismo contenido, habla de un momento preciso del día que se está ofendiendo a Dios en un sacrificio de alabanza, como una prolongación de la Eucaristía a toda la jornada.

La recomendación se hace sobre todo para comunidades monásticas, cabildos de canónigos, y quienes celebran individualmente la LH.

c) *Nuevo salterio (uso de los salmos) litúrgico.* Distribución de los salmos en un ciclo de cuatro semanas. Ese esquema ha requerido una nueva serie de cantos bíblicos, tanto del AT como del NT, y la repetición de algunos de los salmos preferidos por la piedad. El Vaticano II propuso mayor apertura a la lectura bíblica (cfr. SC 89c), a los espacios de silencio y al canto. Así, es posible insertar eventualmente en laudes y vísperas una lectura más larga y la homilía en las celebraciones con el pueblo. Las oraciones de intercesión pueden ampliarse. La celebración puede desarrollarse con más calma, más participación interior y más fruto.

d) *Lecturas bíblicas, patrísticas y de los santos.* El Concilio solicitó que también en el oficio se abrieran con mucha amplitud los tesoros de la palabra de Dios (cfr. SC 92). La reforma procuró la formación del nuevo cuerpo de lecturas de los Padres de la Iglesia, entre las cuales encontramos auténticas joyas de la literatura y la espiritualidad. Se excluyó todo lo que tuviera sabor a leyenda y se adoptó el criterio de recurrir, siempre que fuera posible, a los escritos de los santos celebrados.

e) Se ofrece la posibilidad de adecuar el oficio a los diversos tipos de asamblea que lo celebran (cfr. Constitución Apostólica *Laudis canticum* 1). Por ejemplo, los responsables de la celebración pueden, dentro de ciertos límites, escoger himnos, salmos, lecturas, cantos sustitutivos de los responsorios y fórmulas adicionales o alternativas a las preces intercesorias.



e) *Subsidios para la interiorización.* Buscando la participación personal y consciente, se prevé que los diversos elementos ofrezcan una serie de oraciones sálmicas y versos destinados a compendiar, en clave de oración, la perspectiva cristológica y eclesiológica de los salmos (cfr. SC 11; 30; 33; 90, etc.; OGLH 19).

### Naturaleza dialogante de cada una de las Horas del Oficio Divino:

El carácter *horario* de la LH se destaca no sólo por el hecho de que cada uno de los oficios está escalonado a lo largo del día, sino también por el contenido temático referido a las horas o a los misterios de la salvación vinculados históricamente a ellas.

El espíritu característico de las Horas propias de la Liturgia hay que tenerlo siempre presente para darse cuenta de que, si se cambia su colocación precisa en el horario, se desfigura su fisonomía característica y se lesiona su sacramentalidad específica.

### Laudes:

Las laudes son una oración estrechamente vinculada con el tiempo que cierra la noche y abre el día. Es la voz de la esposa, la Iglesia, que se levanta para «cantar la alborada al esposo». Las laudes matutinas están dirigidas y ordenadas a santificar la mañana, como salta a la vista en muchos de sus elementos (cfr. OGLH 38). Evocan la resurrección de Cristo, que se produjo al alba. Cantan a Cristo, *sol naciente*, luz que ilumina al mundo y que viene a «visitarnos de lo alto» y a guiarnos en todas las actividades de la jornada. Recuerdan también la creación (mañana del cosmos) y el mandato que Dios dio al hombre de dominar el mundo. Son un ofrecimiento de primicias, dedicación a Dios Padre de la jornada de trabajo, propósito de seguir una ruta precisa (la señalada por el evangelio).



### Vísperas:

Las vísperas están íntimamente unidas a la tarde, en cuanto conclusión del día y comienzo de la noche. «Se celebran las vísperas por la tarde, cuando ya declina el día, en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto» (OGLH 39). La Iglesia, al final de una jornada, pide también perdón a Dios por las manchas que pueden haber quitado blancura a su vestido immaculado a causa de los pecados de sus hijos. Se conmemora también el misterio de la cena del Señor (celebrado por la tarde) y recuerda la muerte de Cristo, con la que cerró su jornada terrena (cfr. OGLH 39). La Iglesia, que ha sido acompañada por Cristo en su camino de la jornada, llegada a la última hora, le dice: «*Quédate con nosotros porque es tarde*» (Lc 24,29; cfr. oración de vísperas del lunes de la cuarta semana).

### Oficio de Lecturas:

El margen muy amplio dado a las lecturas bíblicas y a autores eclesiásticos caracteriza a este oficio como tiempo de escucha de Dios que habla, momento de meditación sobre las realidades reveladas por él, de contemplación de la historia de la salvación y, en particular, del misterio de Cristo. Crea el ámbito espiritual favorable para la atención a la voz de la Iglesia, que se hace anunciadora, maestra y guía espiritual. Pero la escucha que caracteriza a este oficio no debe hacer olvidar la nota general de toda la LH, la de la alabanza, que se pone de relieve sobre todo en el himno y en los salmos. Más aún, las lecturas mismas entran en este clima, porque estimulan, alimentan y revigorizan la celebración de la alabanza mediante la evocación de las maravillas realizadas por Dios. La

Iglesia y el orante continúan la glorificación del Altísimo admirando su sabiduría en lo que ha dicho y su poder en lo que ha hecho, entonando himnos a su amor, porque una y otra cosa se han obrado para la salvación del hombre.

### **Tercia, Sexta, Nona u Hora Intermedia:**

El Vaticano II no ha suprimido las horas de tercia, sexta y nona, antes bien las aconseja también a aquellos que no están obligados a ellas por ley particular (cfr. OGLH 76). Ofrece, sin embargo, la posibilidad de celebrar sólo una, adoptando la que más cuadre con el momento escogido. Este oficio puede asumir tres colocaciones y tres funcionalidades diversas, manteniendo el mismo núcleo salmódico. Se llama *hora intermedia* porque ocupa un lugar intermedio entre laudes y vísperas (cfr. OGLH 76-78).

La tradición ha puesto las tres horas en relación con las tres personas divinas, con la triple oración de Daniel, de los hebreos, de los apóstoles y de los primeros cristianos. Sin embargo, tienen también un significado particular en relación con la historia de la salvación (cfr. OGLH 75). La *Tercia* recuerda principalmente la venida del Espíritu, Santo y la crucifixión de Cristo. La *Sexta* evoca la oración de Pedro en casa del curtidor, la agonía de Cristo y su ascensión al cielo. La *Nona* trae a la memoria la oración de Pedro y Juan en el templo, la curación del tullido, la sacudida de la tierra recordada por los evangelios y la muerte de Cristo.

### **Completas:**

Es la oración que se dice antes del descanso nocturno, aunque éste comience después de medianoche. Toda ella respira confianza en Dios. Tiene también un sentido penitencial. En efecto, al comienzo se invoca la misericordia de Dios y se pide perdón por todas las faltas de la jornada.

## **5. ACTUAR:**

1.- Discernir entre los asistentes de qué formas se podría difundir y dar lugar a la oración mediante la *Liturgia de las Horas* (como verdade-

ro diálogo con Dios, no como rutina) en los siguientes campos de la vida parroquial:

- En los momentos de enriquecimiento espiritual propios de la comunidad con presencia de sacerdotes y laicos (Consejos de pastoral, antes de la misa del día, etc.).
- En los acontecimientos propios del Jubileo de la Misericordia.
- En las actividades propias de los Grupos, Asociaciones y Movimientos de la comunidad.
- En las fiestas patronales y en la Semana Santa.
- En los momentos «fuertes» de experiencias de fe (retiros, encuentros juveniles, «encierros», misiones, etc.).
- Con los enfermos y los necesitados.
- En combinación con otras formas de oración: Adoración Nocturna, Vela Perpetua, Horas de la Pasión, etc.
- Algunas otras...

2.- Dar a conocer algunos recursos electrónicos y virtuales mediante los cuales se puede tener acceso a la Liturgia de las Horas: por ejemplo [www.liturgiadelashoras.com.ar](http://www.liturgiadelashoras.com.ar), o algunas Apps para teléfonos celulares o tabletas como: Oficio Divino, eprex, ibreviary, rezando voy, laudate, oradei, salterio, liturgia de las horas, etc.

## **6. CELEBRAR:**

### **1. Cantar juntos:**

#### **Salmo 88**

*Cantaré eternamente,  
la misericordia del Señor,  
anunciaré su fidelidad  
por todas las edades.*

*Tuyo es el cielo, tuya la tierra;  
tú cimentaste el orbe y cuanto contiene.*

*Tú has creado el norte y el sur;  
el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre.*

2. *Se pueden elevar peticiones de forma espontánea y se finaliza orando con el Padre nuestro.*

**TEMA 4:****LA ESPIRITUALIDAD  
DE LA PIEDAD POPULAR**

«Y todo cuanto hagan o digan, háganlo en nombre de Jesús,  
el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,17).

**I. OBJETIVO:**

**Profundizar en la espiritualidad de la Piedad Popular, para que la valoremos y sepamos alimentarnos de esta expresión de nuestra vida de fe.**

**2. ORACIÓN:**

**Guía:** En el nombre del Padre... «Guiados por María, fijamos los ojos en Jesucristo, autor y consumidor de la fe, y le decimos con el Sucesor de Pedro:

**Todos:** «*Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado*» (Lc 24, 29).

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Pala-

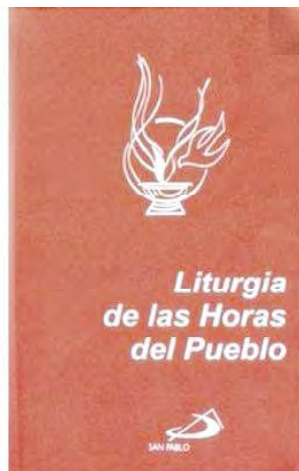
bra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

*Quédate, Señor, con aquéllos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad.*

*Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro Continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos. ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros! (DI 6)» (DA 554).*

La Piedad Popular (PP) tiene una dimensión espiritual porque es «considerada justamente como un «verdadero tesoro del pueblo de Dios», que «manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer» (cfr. DPPL P). En este





tema vamos a tratar de profundizar en la espiritualidad de la PP.

### 3. VER:

*Cada uno trate de responder a las siguientes preguntas. Una vez respondidas comparta sus respuestas con los compañeros de los lados. Al final haremos algunos comentarios conclusivos.*

1. - ¿Qué es lo que alimenta tu fe, tu vida cristiana?
2. - ¿Qué es para ti la «espiritualidad»?
3. - ¿La PP y sus expresiones alimentan tu vida de fe? ¿Cómo?

### 4. PENSAR:

Vamos ahora a profundizar en la espiritualidad litúrgica.

#### 1. La Piedad Popular

En diferentes documentos del Magisterio se ha dicho lo que es la PP. Presentamos a continuación una breve descripción del término. La PP es:

1. Religión del pueblo, uno de los medios de evangelización; es una expresión particular de búsqueda de Dios y de la fe (cfr. EN 48).
2. Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular (cfr. DP 444).
3. Alma de nuestro pueblo (cfr. DP 895).



4. Una forma expresión privilegiada de la inculturación de la fe (cfr. SD 36).
5. Es una de las mayores expresiones de una verdadera inculturación de la fe, puesto que en ella se armonizan la fe y la liturgia, el sentimiento y las artes, y se afianza la conciencia de la propia identidad en las tradiciones locales (cfr. Consejo Pontificio para la Cultura, *La Pastoral de la Cultura, Orientaciones para una eficaz evangelización*, 1999, 28).
6. El término «PP», designa aquí las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura. La PP, considerada justamente como un «verdadero tesoro del pueblo de Dios», «manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; genera actitudes inte-

riores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apretura a los demás, devoción» (DPPL 9).

7. Es importante la PP para la vida de fe del pueblo de Dios, para la conservación de la misma fe y para emprender nuevas iniciativas de evangelización... finalmente, constituye un valioso e imprescindible «punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda» (DPPL 64).

7. Es la piedad de los pobres y sencillos (Juan Pablo II).



8. Verdadero tesoro del pueblo de Dios (Juan Pablo II).
9. Precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina (cfr. Benedicto XVI, DI 1, A).
10. Un espacio de encuentro con Jesucristo (cfr. DA 258-265).
11. Es una espiritualidad popular. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de la persona... Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera. (cfr. DA 263).
12. Es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una «originalidad histórica cultural» de los pobres de este continente, y fruto de «una síntesis entre las culturas y la fe cristiana»... Es evangelizadora y canal de transmisión de la misma (cfr. DA 264).
13. Incluso nosotros la describimos como la síntesis de la idiosincrasia, de la sabiduría, del genio cultural del pueblo y de la revelación cristiana, que de manera cálida y tierna se expresa de forma simbólica, holística y devota, llevando a los fieles al encuentro de Cristo y de la comunidad cristiana, haciendo sentir su presencia, única e irrepetible, ante el fenómeno de la globalización cultural y eclesial. La PP es una expresión de la encarnación de Cristo llamada a integrarse plenamente en su Misterio Pascual.

La PP contiene muchos valores: es una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas (cfr. EN 48; DP 935, 454, 913; DA 263), pero también tiene sus límites: falta de sentido de pertenencia a la Iglesia; desvinculación entre fe y vida... valoración exagerada del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio; idea deformada de Dios (cfr. DP 456, 914), y sus

peligros que la amenazan y la pueden desviar, como pueden ser: la presencia insuficiente de elementos esenciales de la fe cristiana, y el riesgo, en casos extremos de favorecer la entrada en las sectas, y de conducir a la superstición, la magia, el fatalismo o la angustia (cfr. DPPL 65).

Sin embargo es muy rica en sus manifestaciones: el culto a Cristo paciente y muerto, la devoción al Sagrado Corazón, diversas devociones a la Santísima Virgen María, el culto a los Santos y a los difuntos, las procesiones, los novenarios, las fiestas patronales, las peregrinaciones a santuarios, los sacramentales, las promesas, etc., (cfr. DP 912; CEC 1674; DA 259) y en su lenguaje: los gestos, los textos y las fórmulas, el canto y la música, las imágenes, los lugares, y los tiempos (cfr. DPPL 15-20).

El lenguaje verbal y gestual de la PP, aunque conserve la simplicidad y la espontaneidad de expresión, debe siempre ser cuidado, de modo que permita manifestar, en todo caso, junto a la verdad de la fe, la grandeza de los misterios cristianos (cfr. DPPL 14).

Además, en la PP se encuentra un hondo sentido litúrgico, estético y simbólico; y esto es comprensible por la misma estructura que posee, cuyo lenguaje dialogal es holístico e integrador de todos los elementos de la expresión humana.

Conclusión. La PP «debe ser promovida y explotada por la pastoral litúrgica sobre todo en su dimensión espiritual y evangelizadora, armonizándola correctamente con la liturgia, de acuerdo a los criterios que el magisterio de la Iglesia ofrece (cfr. SC 13; CEC 1675; DPPL 7,13; *Varietates Legitimae* 45), y desde una sabia, sana y equilibrada pedagogía que facilita la experiencia y la creatividad pastoral, ya que es un ‘imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda’ (DPPL 64)» (*V Plan Diocesano de Pastoral*, 98).

## 2. La espiritualidad cristiana

Se ha dicho en la introducción que lo que nos interesa es hablar de la espiritualidad de la PP, sin embargo, es necesario que primero se diga alguna palabra de lo que se entiende por espiritualidad en

un sentido amplio de la palabra, y luego, profundicemos en el tema que nos ocupa.

Por espiritualidad cristiana se entiende:

- La vida en el Espíritu que nos ayuda a descubrir y a vivir la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (cfr. Rm 8,4s; Ga 5,16. 25; Rm 12,2).
- La vida en el Espíritu, que es vivir conformados al Hijo Jesucristo según las palabras de San Pablo: Dios, a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito de muchos hermanos (cfr. Rm 8,29).
- Es el estilo de vida del cristiano que bajo la acción del Espíritu Santo, conoce, ama, sigue e imita a Cristo, especialmente en su misterio pascual.
- Es abrimos al Señor resucitado y crecer en Él bajo la acción del Espíritu Santo.
- Por tanto, si la espiritualidad o vida en el Espíritu es vivir conformados a Jesucristo, el programa de nuestra vida cristiana ha de ser la progresiva transformación de toda nuestra existencia en verdaderos hijos de Dios en el Hijo Jesucristo, y para realizar este programa de vida, destinado a todo bautizado, no debemos hacer otra cosa que dejarnos llevar de la mano por la gran maestra universal que es la liturgia. Ningún otro maestro espiritual puede superar a la liturgia de la Iglesia en eficacia y en pedagogía, porque la eficacia de la liturgia es la eficacia sacramental de los signos de salvación, y la pedagogía es, en realidad, obra del Espíritu Santo que suscita la conversión y la fe y da la inteligencia de los misterios celebrados.
- *En conclusión:* la espiritualidad cristiana es una forma peculiar e inédita de interpretar, vivir y expresar el Evangelio, como fruto de la acción



permanente del Espíritu en la persona dotada de vida teologal, que trata de seguir a Jesús en situaciones históricas concretas y de acuerdo a un llamado original que ha recibido (F. Merlos A., *Teología contemporánea del Ministerio Pastoral*, p. 495).

Al hablar así no pretendemos excluir las diversas espiritualidades: espiritualidad de estado (laical, sacerdotal, religiosa), de escuela (carmelitana, franciscana, dominica, jesuítica, etc.), de dedicación de vida (activa, contemplativa, etc.), históricas (primitiva, patristica, medieval, etc.) o la litúrgica, que es la piedad o espiritualidad de la Iglesia, ya que por medio de la liturgia el hombre entra en contacto con la salvación, le ofrece un medio y una fuente constante de crecimiento y desarrollo de la vida cristiana, por todo ello podemos decir que la espiritualidad litúrgica es el sustrato común de cada auténtica espiritualidad cristiana.

### 3. La Espiritualidad de la PP

El tema de la espiritualidad de la PP ha ido evolucionando en el Magisterio de la Iglesia. En la EN se decía que la PP «es una expresión particular de búsqueda de Dios y de la fe... que refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» (EN 48). El DP decía al respecto que la PP es la expresión de la fe católica (cfr. DP 444; 454).

Posteriormente se afirma que la PP es una realidad eclesial sostenida y promovida por la acción del Espíritu Santo (cfr. DPPL 83), que debe su existencia a la iniciativa gratuita del amor de Dios. Ella constituye un verdadero alimento de vida espiritual para el pueblo cristiano que continuamente da frutos de gracia y de santidad.

El reconocimiento de la espiritualidad popular es una novedad en la reflexión magisterial sobre

la PP que nos ha legado la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. El tema es abordado en el apartado 6.1.3 donde trata la PP como un lugar de encuentro con Jesucristo. Su vivencia es una verdadera experiencia de la espiritualidad cristiana, una manera legítima de vivir su fe y una forma de ser discípulos-misioneros (cfr. DA 240; 258-265).

Desde este parámetro, la PP es considerada una ‘espiritualidad popular’ o ‘mística popular’ no porque constituya una nueva espiritualidad ajena a la tradición cristiana, sino porque se descubren en ella algunos elementos tradicionales de la misma mística cristiana: la PP «contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia del amor teologal» (DA 263); ella es una expresión de la sabiduría sobrenatural porque depende de la acción interna de la gracia.

Este tipo de espiritualidad cristiana se caracteriza porque integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico y las necesidades más concretas de las personas. Se trata de una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos.

Como verdadero espacio de encuentro personal con el Jesucristo, la PP no debe ser considerada menos espiritual que otras formas de cultivar la interioridad, ni como un modo secundario de vida cristiana. Representa una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse Iglesia, una manera de experimentar la gracia, un medio para crecer en las virtudes teologales y una forma de ser misioneros, que tiene su punto de inicio en la experiencia bautismal y lleva en sí un rico potencial de santidad y justicia social.

Es preciso aclarar que, aunque también se vive en multitud, la PP no es una ‘espiritualidad de masas’ pues ella penetra la existencia personal de cada fiel que, a través de manifestaciones diversas, vive la experiencia de un misterio que lo supera: la trascendencia y la cercanía de Dios. Por eso, en el ambiente secularizado en que vivimos, la PP sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe.

Como don del Espíritu, compete a todos los creyentes, discípulos y misioneros de Jesucristo, aprovechar esta mediación de la PP para reconocer la presencia de Dios en nuestra vida y seguirlo, siendo sensibles a sus manifestaciones a fin de percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables (cfr. EN 48).

Esta espiritualidad de la PP que hemos desarrollado es descrita por la Sección de PP y Santuario de la CELAM con ocho elementos: 1. El sentido de trascendencia, 2. La confianza espontánea en Dios, 3. Una relación de amor teologal, 4. Una sabiduría popular trascendente, 5. La integración de lo corpóreo, lo sensible y lo simbólico, 6. La acogida de un lenguaje simbólico, 7. La integración de las necesidades concretas de la vida y 8. La encarnación del Evangelio en la cultura.

---

## 5. ACTUAR:

Después de haber conocido y profundizado en la espiritualidad de la PP, vamos ahora a concretizar nuestro tema en un compromiso para nuestra vida cristiana. Esperamos que las siguientes preguntas nos ayuden a este respecto.

1. La «Conversión pastoral» de la que habla el DA (nn. 365-372) nos invita a ser creativos, ¿qué deberíamos de hacer para que entre la Liturgia y la PP se dé y se proyecte una buena relación en nuestras comunidades parroquiales?
2. ¿Qué podríamos hacer para explotar más la espiritualidad de la PP?
3. ¿Cuáles expresiones de los PP deberíamos potenciar más para aprovechar mejor su dimensión espiritual?
4. ¿Qué cosas deberíamos de purificar y evangelizar de la PP que dificultan, ensombrecen o confunden la espiritualidad cristiana?

---

## 6. CELEBRAR:

Terminemos nuestro encuentro recitando un misterio del Rosario y consagrándonos a la Santísima Virgen María.

**TEMA 5:****EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA,  
SACRAMENTO DE LA MISERICORDIA****I. OBJETIVO:**

Esbozar el gran amor que Dios nos tiene al ofrecernos su misericordia a través del sacramento de la Penitencia acercándonos desde la historia de la salvación, y proponer 7 claves para una profundización teológica-pastoral del sacramento que nos lleve a vivirlo con mayor gozo y madurez.

**CANTO: SHALÓM, SHALÓM**

Que seas feliz  
Que seas feliz.,  
SHALÓM, SHALÓM

Que encuentres la paz,  
Que encuentres la paz.  
SHALÓM, SHALÓM

Que llegue la paz,  
a todo tu hogar.  
SHALÓM, SHALÓM

Que Dios vive en Ti,  
Que Dios vive en Ti.  
SHALÓM, SHALÓM

Shalom Chaverhim (haverim)  
Shalom Chaverhim (haverim)  
SHALÓM, SHALÓM

Lehitraot, Leitrahot.  
SHALÓM, SHALÓM

[https://www.youtube.com/watch?v=lnBil9\\_AaWg](https://www.youtube.com/watch?v=lnBil9_AaWg)

Lectura del libro Profeta Ezequiel.

(Ez 18,30b-32).

« ¡Cambien de vida, aléjense del mal y así el mal no los destruirá! Quítense de encima el peso de todos los pecados que han cometido contra Mí. Estrenen un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué tienen tanto miedo al castigo? Yo no quiero la muerte de nadie, lo digo empeñando mi Palabra: ¡Arrepiéntanse y vivirán! »

*Palabra de Dios.*

*R.- Te damos gracias, Señor.*

*(Puede hacerse un momento de reflexión personal o una pequeña homilía).*

*Meditamos este canto*

<https://www.youtube.com/watch?v=rXP7RGAKmGg>

**2. ORACION:**

**Guía:** En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, iniciemos un camino de conversión sincero que nos conduzca al encuentro profundo con la Misericordia de Dios y con el hermano necesitado. Cuando vivimos en una situación de pecado no podemos tener paz, la paz significa que Dios está con nosotros, ese fue su saludo ¡La paz esté con ustedes! (Jn 20,19), y más que un saludo o un sentimiento fue un deseo, que salía del interior de Jesús para expresar todo su ser gloriosos, el Señor Resucitado se nos daba Él mismo a nosotros, especialmente su misericordia, es un deseo de unidad, con ese saludo nos unía a Él y nos unía entre nosotros, el venía a nosotros.

Comenzamos un tiempo litúrgico especial de gracia y salvación «La Pascua», en el que Jesús resucitado ha vencido al pecado y a la muerte y nos ha purificado, en el que viene a nuestras vida y nos comunica su Espíritu, su fuerza para que también nosotros resistamos al pecado y venzamos al mal. Para hacer realidad ese deseo pidamos al Señor que sepamos vivir con autenticidad este tiempo de gracia y de paz.



### Oramos juntos:

Dios y Padre nuestro, cuyo amor no se da por vencido con nuestras ofensas, pero nos pide que las reconozcamos y nos arrepintamos de ellas, concédenos celebrar el sacramento de tu misericordia y corregir lo que esté mal en nuestras acciones y en nuestra vida, para que podamos llegar a recibir de ti la eterna felicidad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

### 3. VER:

Es tarea esencial de la Iglesia el anuncio de la misericordia divina, suscitar entre los hombres la conversión y celebrar el perdón y la reconciliación con Dios. La Penitencia expresa de manera especial la misericordia de Dios haciendo actual y real el abrazo reconciliador del Padre con el penitente. El sacramento de la Penitencia puede contemplarse desde la misma historia de la salvación del hombre, una historia de perdón, reconciliación, paz y amor.

Responder en plenario las siguientes preguntas:

- 1.- **¿Qué celebramos en el sacramento de la Penitencia?**
- 2.- **¿Cómo vives el segundo mandamiento de la Iglesia: confesar los pecados mortales al menos una vez al año, y en peligro de muerte, y si se ha de comulgar? (cf. CATIC 2041-2043).**
- 3.- **¿Conoces y haz usado en alguna ocasión el Ritual de la Penitencia?**
- 4.- **¿Qué opinas de las excusas más comunes para no confesarse? Ejm.: «Yo me confieso directamente con Dios, no con un hombre, Yo no tengo pecados, no se si Dios me perdona, me da vergüenza, etc.**
- 5.- **¿Qué medios empleas para conservar la misericordia de Dios dada en la confesión?**

### 4. PENSAR:

#### a) Perdón de Dios y reconciliación con la Iglesia

Dios es aquel que, desde el principio (Gn 3,15) promete y ofrece la reconciliación. Siempre vence en Él la misericordia y el perdón (Ex 34,6). Entre las múltiples alianzas y pactos que Dios

hace con su pueblo siempre busca la reconciliación, la conversión y ofrece su perdón. El hombre con su pecado se aleja de ese plan salvífico. Figuras como Noé, Abraham, Moisés, los profetas y tantos personajes bíblicos nos manifiestan la llamada permanente a la conversión para aceptar la misericordia divina (BOROBIO Dionisio, *El sacramento de la reconciliación penitencial*, Sígueme, Salamanca 2006, 169). Pero hemos de ver en la historia de la salvación que el pueblo no llegará a convertirse plenamente, y junto con la espera de una total reconciliación, nace la esperanza de un reconciliador definitivo.

**Cristo** será aquel que realice la reconciliación anunciada. Por el misterio pascual todas las cosas y la humanidad entera, han sido reconciliados con el Padre, por este misterio el pecado ha sido clavado en la cruz (Col 2,14); el círculo del odio y la venganza han sido rotos (Hb 9,11ss), y una situación nueva ha sido creada para la victoria de todo hombre que lucha contra el pecado. El Hijo de Dios, hecho hombre, convivió con los seres humanos para liberarlos de la esclavitud del pecado y llamarlos de las tinieblas a la luz admirable (Jn 8,34-36; 1P 2,9).

Y así podemos leer la obra salvífica en Cristo quien (con su vida, con signos, pero sobretodo con su muerte y resurrección), vino a salvar al pueblo del pecado (Mt 1,21); no sólo llama a la conversión-fe y anuncia el perdón (Mc 1,15), sino que también acoge a los pecadores (Lc 15,1-3), perdona los pecados de que quienes se arrepienten (Lc 5,20.27-32; 7,48) y cura las dolencias de los que sufren (Mt 9,2-8). Cristo es el signo visible del perdón, el sacramento primordial de la reconciliación (BOROBIO, 170). No sólo obra la reconciliación: es Él el reconciliador.

Así, el **Espíritu** es el don escatológico. La resurrección de Cristo no es la conclusión de la obra salvífica, sino el comienzo de una nueva etapa en la que la obra de reconciliación debe continuarse, porque el pecado sigue presente en medio de la humanidad. Y esta continuación se realiza por medio del Espíritu en la Iglesia. El Espíritu, para cumplir su misión necesita la condición humana, la persona humana situada en la historia (BOROBIO, 171).

Y la **Iglesia** es el medio por el cual el Espíritu cumple esta misión. El Espíritu Santo al ser principio vivificante de la Iglesia, es al mismo tiempo el principio dinámico de la historia y la fuerza para la reconciliación. En el poder del Espíritu Santo la Iglesia ha sido constituida por Cristo (Jn 20,22 ss) comunidad del perdón, signo-sacramento de reconciliación para la humanidad (LG 1). Su misión, continuadora y actualizadora de la misión de Cristo, no sólo es predicar la conversión y el perdón (Lc 24, 47), sino también ejercer el servicio de la reconciliación, con el poder recibido de Cristo en el Espíritu.

Por su ser y misterio sacramental, por su obrar y aparecer ante los hombres, por sus signos privilegiados, la Iglesia tiene que manifestar y realizar su misión reconciliadora (BOROBIO, 171.), misión que se realiza a través de sus propios miembros que son pecadores. Tiene que ser así porque la respuesta o conversión primera, sellada con el sacramento del bautismo, por el cual nos adherimos a Cristo en la fe de una vez y para siempre, se ve constantemente fracasada por el pecado.

Este sacramento es un encuentro con Cristo redentor que continúa proclamando, hoy como ayer: «Hijo tus pecados te son perdonados» (Mt 2,5); «Tus pecados quedan perdonados. [...] Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 7,48-50); «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más» (Jn 8,11); «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43). Este ministerio se da por Cristo a través de la Iglesia (ROCCHETTA Carlo, *Los sacramentos de la fe 2*, Ágape, Salamanca 2002, 179).



## b) Reflexión teológica-litúrgica de este sacramento

La Iglesia ha celebrado este sacramento de diversas maneras a través de la historia. En el Concilio Vaticano II se ordenó la renovación de toda la vida litúrgica de la Iglesia, y en este contexto para la Penitencia se dieron también principios y lineamientos teológicos-litúrgicos. El Ritual de la Penitencia tuvo un proceso de elaboración largo y difícil, con constantes tensiones (Puede leerse en: ADNÉS Pierre, «*Penitencia y reconciliación en el Vaticano II*» en Vaticano II: balance y perspectivas, Sígueme, Salamanca 1989. Y en: BUGNINI Annibale, *La Reforma de la Liturgia*, BAC, Madrid 1999). Finalmente vio la luz en la Cuaresma de 1974. Al inicio fue mal recibido; po-

demos reconocer que el Ritual tiene sus carencias y limitaciones, pero son más las riquezas que posee.

En nuestra realidad poco se conoce el Ritual, incluso son escasos presbíteros que lo poseen, y menos son los que celebran el Sacramento con el Ritual o se inspiran de él para alguna Celebración penitencial. La necesidad de la misericordia divina es palpable, existe una sed de amor y de perdón, el Papa Francisco lo ha percibido y ha convocado al Año Santo de la Misericordia. Esta misericordia divina se actualiza de manera especial en este bello sacramento. No podemos desistir ni como fieles ni como pastores en proclamar y vivir la reconciliación y el perdón, en especial con la revitalización de este sacramento.

## c) Redescubramos el sacramento de la Penitencia:

Ahora compartimos estas «claves» (basadas en: MILLÁN ROMERAL Fernando, *La Penitencia*

hoy, Comillas, Madrid 2001)» para seguir profundizando y renovando este sacramento. Las claves, pistas o sugerencias que proponemos no plantean una renovación o relectura del Concilio, ni una readaptación del Ritual de la Penitencia; sino, pretenden desde el ámbito teológico «reactivar» o «redescubrir» el sacramento, con la esperanza de que aterricen en lo más concreto de la vida pastoral de las comunidades y parroquias.

### I.- Redescubrir la dimensión eclesial del Sacramento

Muchos de los fieles que hoy se acercan al sacramento creen que con confesarse con el ministro ordenado es confesarse con Cristo, pedir perdón a Dios, pero olvidan generalmente la importancia de la función mediadora de la Iglesia. El sacramento se ha envuelto en una atmósfera de privacidad, intimidad y secreto; pero también esto ha contribuido para entender que el sacramento es de la persona que se confiesa, el padre confesor, y Dios. Esto no es así; hemos perdido de alguna manera el sentido comunitario del sacramento. Todo pecado daña nuestra relación con Dios, pero también con el pueblo de Dios.

Es a través de la Iglesia que Dios nos otorga su perdón. Por tanto, es necesario ampliar la ecuación yo-Dios a yo-Iglesia-Dios. Podemos deducir tres partes importantes. La primera es que el pecado, incluso el pecado oculto, daña la comunión y deteriora la comunidad cristiana. Segunda, si el pecado deteriora la comunión, el sacramento de la Penitencia debe tener también una fuerte dimensión comunitaria; es, como decían los antiguos, «*reconciliatio cum ecclesia*»; la Iglesia nos acoge en la plena comunión restablecida. Tercera, la Iglesia, no solamente espera la reconciliación del pecador y le acoge, sino que invita, llama, acompaña, cuida del penitente y, de alguna manera, le ofrece todos los medios que tiene para alcanzar esa reconciliación. Por eso, la Penitencia tiene mucho de vuelta a la plena comunión que ha quedado deteriorada, dañada, por el pecado (MILLÁN ROMERAL Fernando, *La Penitencia hoy*, 170-188).

### II.- «Centrar» el Sacramento

Es especialmente importante saber centrar este sacramento en tres aspectos medulares:

Primero: La necesidad que hay de centrar la importancia del pecado, es decir, no podemos movernos ni en una moral de pecado: escrupulosa, puntillosa, donde todo es pecado... ni una moral posmoderna, sin pecado, que en el fondo tampoco es evangélica y nos deja muy insatisfechos. Hay que ser conscientes de la importancia del pecado que produce víctimas.

Segundo: Habría que centrarlo también entre los dos sacramentos: el Bautismo y la Eucaristía (BOROBIO, 176-188). El Bautismo es la puerta de los sacramentos y de algún modo los encierra y abarca a todos. La Eucaristía expresa y verifica la comunión del cristiano en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y la comunión de todos los bautizados en el Cuerpo de la Iglesia.

Por tanto, el sacramento de la Reconciliación emana del Bautismo, es una constante revisión de nuestro Bautismo y de nuestra condición cristiana, el sacramento propio para el perdón de los pecados es el Bautismo, la Penitencia restaurará esa opción bautismal -sin que ello signifique que sea un «nuevo bautismo»- y mira hacia la Eucaristía, es decir, desemboca en el banquete de la reconciliación, de la comunión restablecida (MILLÁN, 209-211), (*sin que ello signifique que el sacramento de la Penitencia sea un mero trámite, un requisito, para comulgar; que en la práctica pastoral es algo muy frecuente: aquellos penitentes que se acercan a celebrar el sacramento sin preparación, ni examen de conciencia, con motivo de una celebración social o familiar, de manera espontánea y fugaz antes de la Eucaristía, denota que el fiel no ha «centrado» el sacramento en su vivencia madura de conversión cristiana en su vida*).

Finalmente, habría que centrarlo igualmente entre la conversión inicial y la conversión cotidiana; este sacramento no nace para una conversión inicial (*para la cual hay ya un sacramento, un proceso de iniciación y de opción fundamental en el Bautismo*) ni tampoco para la conversión cotidiana (*porque no nace en la Iglesia para*

*las mil cosas de cada día, pequeñas debilidades, flaquezas, etc., para ello existen oraciones, espacios propios como el acto penitencial en la Eucaristía), sino, que nace para la conversión radical, para aquellos pecados que, de alguna manera, rompen mi opción fundamental como cristiano, o deterioran mi consagración como bautizado, es decir, para esos pecados que, de algún modo, atentan contra mi condición de cristiano (MILLÁN, 221-223).*

Muy relacionada con esta cuestión está el tema de la confesión frecuente. La confesión frecuente es importante, pero no en el sentido de «cuanto más, mejor», en una especie de neurosis sacramental (*cada mes, cada semana, cada día*). «Frecuente» significa que en nuestra práctica penitencial «creamos una frecuencia, un ritmo», es decir, no dejamos que nuestra vida cristiana vaya decayendo, sino que tenemos de verdad una sana actitud penitencial, que hacemos una continua revisión de vida. Respecto al ritmo, se nos invita a celebrar este sacramento en Cuaresma y en Adviento, tiempos en que se nos llama a la conversión.

### III.- Redescubrir la Palabra

Uno de los valores más bellos del Ritual, es el de la importancia que concede a la palabra de Dios, por la que «*el cristiano es iluminado en el conocimiento de sus pecados y es llamado a la conversión y a la confianza en la misericordia de Dios (RITUAL DE LA PENITENCIA, Introducción General, n. 17)*». Es la Palabra que nos interpela. Iluminamos nuestras vidas, no desde una ética o una ideología, sino de la Palabra viva que nos hace tomar conciencia de nuestra propia realidad.

Al proclamar la Palabra en el Sacramento, ésta ocupa la centralidad del ser humano que se dirige a Cristo, además es un especie de correctivo, ejerce una acción purificadora, nos desmonta falsas imágenes de Dios que se esconden bajo nuestra condición de pecado y nos remite constantemente al Dios de Jesucristo. Además que la Palabra invita a que el penitente arrepentido no se quede encerrado en la situación de su pecado, en el sentimiento de culpa, en la tristeza de la incapacidad o de la fragilidad, el arrepentimiento que

se cierra sobre sí mismo. La Palabra nos hace darnos cuenta de que el pecado sólo se descubre desde la esperanza gozosa del perdón (MILLÁN, 233-234).

El Ritual está muy inspirado por la Palabra, por ello, en el examen de conciencia habría que utilizar la palabra de Dios; no hay mejor examen de conciencia, puesto que es Dios quien nos habla por medio de su Palabra, se convierte en nuestro interlocutor, ilumina nuestra realidad.

El ministro debe tener un acervo de citas bíblicas memorizadas, que aunque breves, puedan proclamarse en el momento de la celebración del sacramento, de tal manera que expresen más que el pensamiento o discurso del ministro, se deje el espacio para que la Palabra revelada hable y resuene en el penitente. Dando así centralidad a la Palabra en la misma celebración del sacramento.

### IV.- Integrar Penitencia y Madurez

La penitencia exige y reclama una cierta madurez humana y cristiana y, asimismo, debe reforzar y fomentar esa madurez. Deberíamos preguntarnos ¿qué se necesita básicamente para que el penitente pueda integrar el sacramento en su vida madura de conversión continua? La respuesta a la pregunta nos sugiere una atención pastoral más eficiente y cuidadosa con quien no ha podido establecer una madurez tanto en el campo de la fe, como el psicológico y humano en general.

Al respecto presentamos algunas sugerencias (Las sugerencias presentadas son una síntesis: Cfr. MILLÁN, 241-257):

- a) Que el penitente tenga una actitud madura de arrepentimiento, que sea capaz de acusarse y no de excusarse, con sinceridad, sencillez y naturalidad. La confesión debe ser un elemento orientado a la conversión y, en cierto modo, dinamizando por ella. Cuidado cuando la confesión responde a otras motivaciones, tiende a los cálculos humanos, a la posibilidad de atenuar o esconder algo, al preguntarse dolosamente «es pecado o no lo es».
- b) Que se dé un mínimo realismo o sensatez sobre la vida, sobre las personas, sobre nosotros mismos. No potenciar actitudes inmaduras



que desencantan a la penitencia, «*No mejoro, mejor no me confieso*», «*Siempre confieso lo mismo*», tan peligroso como: «*Me confieso hasta que junte algunos pecados para que valga la pena*». Estas actitudes son propias de quien no es capaz de integrar en su vida la debilidad humana, la dosis de fracaso que todo proyecto vital encierra, la flaqueza en la que nos movemos. Es muy tentador que esto des- emboque en un cierto pesimismo que lleva a escudarnos en un derrotismo fácil y frustrante a la vez.

- c) Es necesario un espacio al afecto. La confesión no se debe derivar en un acto de paternalismo empalagoso ni en un psicologismo equivocado y peligroso, pero tampoco debe caer en una especie de frialdad administrativa y burocrática. El mismo Ritual lo sugiere cuando recomienda que «*El Sacerdote acoja al penitente con amor fraterno y, si fuere necesario, salúdelo con amabilidad*» (RITUAL DE LA PENITENCIA, *Introducción General*, n. 16.). El efecto negativo de una recepción poco atenta, fría y mecánica puede ser decisivo en un abandono de la práctica sacramental.
- d) Finalmente, habría que romper ese vínculo mecánico y morboso que, a veces de forma inconsciente, se establece entre la confesión y lo «sexual» o lo relacionado al sexto mandamiento, y que tanto daño ha hecho al sacramento de la Penitencia. Sin negar que lo sexual constituye una dimensión importante de la persona y de su vida moral, deberíamos darnos cuenta de la atrocidad que se esconde tras la identificación directa entre sexualidad y pecado, entre lo sexual y lo sucio, lo pernicioso, lo pervertido. Tan negativa ha sido la reducción de lo sexual al pecado, como la reducción de la conciencia de pecado a lo sexual.

### V.- Redescubrir la dimensión litúrgico- celebrativo del Sacramento

¿Puede haber un sacramento sin liturgia, sin Palabra, sin comunidad? Litúrgicamente este sacramento está muy mal tratado, no tiene celebración, no tiene signos visibles. El sacerdote a veces se viste con el alba, al menos con la estola, para

que se vea que no se trata de una conversación psicológica o una charla entre amigos, pero luego se encierra en el confesionario blindado en el que los signos, por no ser perceptibles, dejan de ser tales. En el Ritual existe el signo de la imposición de manos, un signo muy bíblico y patrístico, con unas resonancias teológicas muy hermosas, por medio del cual se transmite el Espíritu, la misericordia de Dios, y casi nunca se ve. Habría que usar más el Ritual.

La fórmula de absolución es, un anuncio de fe, un anuncio de la historia de salvación que invita a nombrar a la persona para decirle que él es el protagonista, el destinatario de esa salvación (RAMOS-REGIDOR José, *El Sacramento de la penitencia*, Sígueme, Salamanca 1991, 426-427). Sin embargo, muchas veces, más que proclamarse, se recita en «murmullo»; no hacen falta grandes gestos teatrales, pero sí una mínima solemnidad y sentido litúrgico. Otras veces, mientras el sacerdote está proclamando fórmula, la persona está rezando el *Yo pecador* o el *Señor mío Jesucristo* (BOROBIO, 376).

En nuestras parroquias faltan aspectos esenciales para vivir de manera litúrgica este sacramento, «celebrarlo» en el mayor sentido de la palabra y no «administrarlo». El ministro ordenado que se revista con propiedad, un espacio celebrativo digno, limpio. Lugar y horas establecidas para evitar las celebraciones «espontáneas». Los gestos perceptibles, un tiempo adecuado, y evitar toda clase de horrores litúrgicos, como celebrar la liturgia de las horas o leer una lectura espiritual mientras se celebra el sacramento.

### VI.- Redescubrir la dimensión profética- misional de la penitencia

La Eucaristía termina con un envío: *pueden ir en paz*, es decir, pueden ir a sembrar la paz que han recibido. De la Penitencia, como de todos los sacramentos, tenemos que salir enviados, misionados; el perdonado se convierte en perdonador, el reconciliado en reconciliador, el acogido en acogedor, así somos enviados a ser constructores de perdón y reconciliación. Es necesario recordar que el sacramento nos envía a perdonar, a vivir lo que se ha celebrado.

Dos partes son esenciales en esta clave, el redescubrir la dimensión profética, con especial atención centrarnos en la «satisfacción»; y el aspecto misional al que empuja el sacramento al penitente, las describimos brevemente.

Es necesario recuperar el sentido de un elemento que hemos ido suprimiendo en la práctica del sacramento de la Penitencia: la «satisfacción» o «penitencia». Muchas veces a los sacerdotes y penitentes esto les suena a castigo, a un precio que hay que pagar... y, con muy buena intención pastoral, lo suprimen para que se manifieste mejor la gratuidad y la misericordia de Dios (MILLÁN, 273-275).

La satisfacción no está hecha para dar tranquilidad psicológica, ni para la mera justicia social, va más allá, debe de llegar al problema vital, a la raíz del pecado y de sanar sus consecuencias y de que brote en el penitente un deseo de no volver a cometerlo; por tanto, podemos decir que la satisfacción cobra un sentido más profundo, pleno y necesario. ¿Cómo adecuar la satisfacción al penitente? son muchas las posibilidades que se abren para replantearse de algún modo el sentido y el papel de la satisfacción penitencial en el sacramento: nuevos signos más expresivos y personalizados, que el penitente mismo insinúe o incluso se le puede pedir alguna «sugerencia» para su satisfacción. Esto sería más que provechoso, pues si el penitente ve a profundidad y con madurez su proceso de conversión continua, quién más que él podrá dar también alguna sugerencia o pista para una satisfacción que le ayude a su proceso penitencial. La idea de una satisfacción preguntada al penitente podría dar frutos interesantes y valiosos.

El aspecto «misional» del sacramento se entiende cuando el creyente que se alejó del banquete y que ha experimentado el gozo de volver a sentarse a la mesa, se convierte en anfitrión, se siente invitado a invitar. Esto es profundamente pastoral, no podemos seguir teniendo esquemas que nos hablen de lo sacro-profano, un sacramento que se celebra «sacramentalmente» pero que saliendo de allí, el penitente se disuelve en el mundo profano que lo caracteriza para regresar a su situación «profana». Los sacramentos, nos

deben de llevar al esquema: vida-sacramento-vida; para que el sacramento y lo sagrado ilumine y de valor, ánimo y fuerza en la vida que se lleva.

## VII.- Redescubrir el carácter festivo del Sacramento

Toda celebración ha de estar impregnada de un tono de fiesta y de esperanza. Es la consecuencia de haber puesto en el centro de la celebración: «*al Padre de misericordia y Dios de toda consolación*» (2 Cor 1,3), que por Cristo y en el Espíritu da a los hijos pródigos su abrazo de bienvenida.

Si en el centro de la celebración estuviera el propio pecado o en el ministro, serían difíciles la fiesta y la alegría. Pero, ¿cómo no alegrarse de haberse encontrado con Dios, que nos libera del estorbo del pasado y nos impulsa a vivir un futuro nuevo? Ante un acontecimiento así: «*hay que hacer fiesta y alegrarse*» (Lc 15, 32).

El sentido festivo es algo mucho más profundo que nada tiene que ver con un gozo o alegría desencarnada e irreal. Pues la festividad del sacramento no emana de la pomposidad litúrgica, ni del penitente que sale «sin culpa», pues cuando el pecado tiene víctimas es necesario salir a trabajar por ellas; lo festivo del sacramento emana de lo que causa, lo que se celebra, el gozoso encuentro del hombre con la misericordia de Dios. Por ello, en el caso de la Penitencia, se hace necesario redescubrir el gozo profundo del perdón y de la reconciliación (MILLÁN, 293-294).

Estas siete «claves» pueden ayudar al penitente y al ministro ordenado a celebrar y vivir el sacramento con la mayor intensidad posible, acercándonos al misterio del amor y el don inestimable del perdón. Con nuestra dedicación y preparación el Sacramento volverá a cobrar vida en nuestras vidas y comunidades, y será un espacio significativo y trascendente de quien de manera madura y consciente vive su ser de cristiano en el mundo. Y la misericordia divina, vivida y celebrada en este Año Santo será más palpable.

## Conclusión

Podemos concluir, que existe una gran diferencia entre «administrar» y «celebrar». Estamos llamados a ser con-celebrantes de la gracia divi-

na, no a repartirla con la frialdad de un funcionario; penitente y ministro ordenado somos convocados para gozarnos en la vivencia del perdón y la misericordia de Dios.

Finalmente quisiéramos terminar citando al Papa San Juan Pablo II que nos recuerda:

«Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación. [...] es necesario que los Pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo. ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas! Los dones del Señor —y los Sacramentos son de los más preciosos— vienen de Aquél que conoce bien el corazón del hombre y es el Señor de la historia» (JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 37).

## 5. ACTUAR:

No hace falta hablar mucho, sabemos lo que sucede en el sacramento de la Misericordia. Tenemos un Dios misericordioso, y en el Año de la Misericordia, podemos también nosotros ser misericordiosos con los necesitados, es decir aquellos que viven en las más contradictorias periferias existenciales... ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo de hoy! Cuantas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado de la indiferencia de los pueblos ricos» (MV. 15).

Jesús en su evangelio nos presenta las obras de misericordia que son el parámetro para darnos cuenta si somos también nosotros misericordiosos como el Padre. Fijémonos en una de ellas, aquella espiritual: «Perdonar las ofensas» y comentemos tres preguntas:

- 1.- **¿He experimentado profundamente el perdón de parte del Señor?**
- 2.- **¿Qué fue lo que más te llamó la atención del tema?**
- 3.- **¿A qué te compromete el contenido del tema?**

*Se puede intercalar en el grupo escuchando a más participantes.*

## 6. CELEBRAR:

### CELEBREMOS LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

#### CANTO: AMÉMONOS DE CORAZÓN

*Amémonos de corazón  
No de labios solamente, ni de oídos (2)  
Para cuando Cristo vuelva  
Nos encuentre bien unidos (2)*

*Cuantas veces tengo yo  
Perdonar al que me ofende (2)  
Setenta veces siete  
Setenta veces siete  
Perdonarás a tu hermano (2)*

GUÍA: Celebremos la misericordia del Señor, en primer lugar dirigiendo nuestra suplica ferviente al Señor, pidiéndole que nos convierta y cambie el corazón para que «vivamos conforme a la vocación a la que hemos sido llamados» (Ef 4,1) mediante los sacramentos que hemos recibido y celebrado especialmente de del sacramento de la Penitencia

*Digamos después de cada frase:*

#### DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO

*Lector:* Muchas veces hemos sido cristianos sólo de nombre y no de hechos y de verdad.

#### DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO

*Lector:* Muchas veces no hemos respetado ni hecho respetar la dignidad de hijos de Dios que hemos recibido en el Bautismo.

#### DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO

*Lector:* Muchas veces no hemos cumplido la tarea que se nos dio en la Confirmación de extender el Reino de Dios y de ser testigos de Cristo con la palabra y con los hechos.

#### DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO

*Lector:* Muchas veces hemos comulgado sin unirnos más a Cristo Jesús y a nuestros prójimos.

#### DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO

*Lector:* Muchas veces nos hemos confesado con poco deseo de vencer realmente en nosotros el mal.

**DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO**

*Lector:* Muchas veces en el matrimonio los esposos viven un amor que se va haciendo viejo, sin tratar de hacerse mejores el uno al otro y más felices.

**DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO**

*Lector:* Muchas veces como jóvenes no nos hemos entregado con generosidad al servicio de nuestros hermanos más necesitados.

**DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO**

*Lector:* Muchas veces como jóvenes, que decimos estar comprometidos en la evangelización de otros jóvenes, vivimos apegados a cosas o personas, sin estar totalmente disponibles al Reino de Dios.

**DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO**

*Lector:* Muchas veces hemos sido indiferentes a los hermanos pobres, enfermos, explotados, marginados y excluidos, y no les ayudamos a unirse con sus sufrimientos a los de Cristo para salvación del mundo.

**DANOS SEÑOR UN CORAZÓN NUEVO**

**GUÍA:** Escuchemos ahora la parábola del perdón, donde el evangelista Mateo nos presenta al rey (Dios) que se muestra misericordioso ante el servidor despiadado (tu y yo).

Leer Mateo 18, 21-35

*Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que me ofende? ¿Hasta siete veces?*

*Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su*



*mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, se echó a sus pies suplicando: '¡Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo!'. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conserenos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: '¡Págame lo que me debes!'. Entonces su consereno, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conserenos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consereno, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.*

*Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas. Palabra del Señor.*

**TODOS:** Gloria a Ti, Señor Jesús.

*Comentario al texto:* En un primer momento, el patrón exige al siervo pagar la deuda: se trata de diez mil talentos, una suma exorbitante, si lo comparamos con el ingreso anual del reino de Herodes que era de novecientos talentos, o el ingreso de los impuestos de Galilea y de Perea que no superaba los doscientos talentos. El relato pone en evidencia que en ningún caso una deuda semejante puede ser pagada por un servidor que, por su súplica desesperada



(«postrado en tierra»), resulta conmovedor e irreal: «Señor, dame un plazo y te lo pagaré todo» (v.26) ¡Ninguna prórroga sería suficiente para saldar semejante deuda! La verdad es que el siervo no se puede librar de ella de ningún modo.

La solución inesperada viene (¡otra vez!) de la «compasión» (v.27) que mueve al patrón. En un primer momento manda que sea vendido «él, los hijos y cuánto poseía» y de esa manera saldar la deuda; sin embargo, después, toma la sorprendente decisión de despedirlo con la deuda totalmente perdonada. El perdón de una deuda tan grande debería reducirse en una actitud de agradecimiento y de misericordia de parte de quien se beneficia, sobre todo si es un servidor que tiene como compañeros otros siervos, y conoce bien la condición de pobreza y de necesidad por haberla experimentado en primera persona, y más aún al comparar la cantidad tan pequeña que le deben con la enorme deuda que le han perdonado. Pero esto no sucede: «Al salir» (v 28), el servidor se encuentra con un compañero que le debe cien denarios. Cien denarios corresponden a un poco más de tres meses de salario mínimo, una cifra que no es insignificante entre siervos.

Cuando el rey perdona una enorme deuda a un siervo ¿qué se debería esperar de este? Compartimos aportaciones sobre esta pregunta u otro aspecto del texto para reflexionar.

*Meditamos este canto:*

[https://www.youtube.com/watch?v=gvDFluCWo\\_o](https://www.youtube.com/watch?v=gvDFluCWo_o)

GUÍA: Terminemos elevando nuestra oración al Padre, como Cristo nos enseñó: PADRE NUESTRO...

GUÍA: Como un signo de reconciliación fraterna compartimos un saludo con el (la) que está a nuestro lado.

*Mientras intercambian el signo del saludo puede hacer un canto.*

**CANTO: MI PAZ TE DOY A TI**  
(O CORDERO QUE BAJASTE DEL CIELO)

*Mi paz te doy a ti  
es la paz que el mundo no da  
es la paz que el mundo no entiende  
para ti, recíbela, mi paz te doy a ti.*

*Mi amor te doy a ti  
es la paz que el mundo no da  
es la paz que el mundo no entiende  
para ti, recíbela  
mi paz te doy a ti.*

<https://www.youtube.com/watch?v=JkB7r0RYIIg>

GUÍA: Señor Dios nuestro, que por medio del Apóstol nos pides que vivamos *a la altura de la vocación que hemos recibido*, mira cómo tus hijos reconocemos humildemente que hemos vivido muchas veces contradictoriamente, y te pedimos nos ayudes a emprender un camino de conversión que nos lleve a vivir solidarios con los necesitados y en fraternidad con nuestro prójimo. Por Jesucristo Nuestro Señor.

*TODOS: Amén.*

N.B. Puede adquirir la investigación completa a través de la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica. (*El cuarto sacramento y su celebración a partir del Concilio Vaticano II. Claves de una renovación pendiente.* Mario Roberto Ruvalcaba González).

### Bibliografía consultada:

- MILLÁN ROMERAL Fernando, *La Penitencia hoy*, Comillas, Madrid 2001.
- FLOREZ Gonzalo, *Penitencia y Unción de los enfermos*, BAC, Madrid 1993.
- BOROBIO Dionisio, *El sacramento de la reconciliación penitencial*, Sígueme, Salamanca 2006.
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ritual de la Penitencia*, Buena Prensa, México<sup>6</sup>2013.
- CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Orientaciones litúrgico-pastorales de la Comisión Episcopal de la Pastoral Litúrgica en México*.
- CONCILIO VATICANO II, Cons. Dogm. *Sacrosanctum Concilium*, 1963.
- CONCILIO VATICANO II, Cons. Dogm. *Lumen gentium*, 1964.
- RAMOS-REGIDOR José, *El Sacramento de la penitencia*, Sígueme, Salamanca 1991.
- ROCCHETTA Carlo, *Los sacramentos de la fe 2, Ágape*, Salamanca 2002.
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 2001.
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal: *Reconciliatio et Paenitentia*, 1984

## SUBSIDIO

# LA PIEDAD A LA VIRGEN Y A LOS SANTOS COMO FUENTE DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

«El Ángel entró donde estaba María y le dijo:  
Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28)

### I. OBJETIVO:

Considerar el modo como la devoción mariana y a los santos favorece la espiritualidad cristiana para que, motivados por los testigos insignes de la misericordia, sigamos a Cristo con mayor generosidad.

### 2. VER:

Antes de reflexionar cómo la vida de los santos nos ayuda a experimentar la misericordia infinita de Dios echemos un vistazo a estos testimonios:

Así describía en 2004 el Colegio Claret, de Badajoz (España), su peregrinar hacia Santiago de Compostela: «Es una experiencia que a todos nos ha marcado para siempre. Nos ha unido en la amistad y, sobre todo, en la fe, pues hemos compartido el Evangelio hecho compromiso, hemos vivido una experiencia de comunión, de esfuerzo, de encuentro... En definitiva, hemos sentido el inmenso palpitar del corazón de Papá Dios que hace camino en la vida junto a nosotros. Hemos vivido la experiencia de ser PEREGRINOS y ponernos en camino, pues siempre se trata de un avanzar hacia la Luz que da sentido a nuestra vida: Cristo el Señor. La finalidad es 'hacer' el Camino para encontrarnos con el Apóstol, para



acercarnos a la fuente del Evangelio y llenarnos de su frescura para convertirnos en apóstoles, enviados, mensajeros, testigos de la Resurrección. Es la experiencia del paso de Jesús por nuestro camino. Él pasa por nuestra vida y nos llama a ser jóvenes cristianos. Ha sido una aventura de provisionalidad, durmiendo en albergues públicos y comiendo dónde y cómo podíamos. Todos hemos sido compañeros de camino. Peregrinos dispuestos a ayudarnos y a estar unos con otros. Durante el camino formamos una comunidad donde todos somos importantes. No han faltado los momentos de dureza, de desánimo, de ampollas y dolores, pero el sacrificio y el ánimo del grupo ha permitido poder llegar todos

a Santiago y con lágrimas en los ojos poder abrazarnos y felicitarnos, no sólo los del grupo, sino a otros que hemos ido conociendo a lo largo de los días. Hemos podido disfrutar de la emo-

ción al abrazar al Apóstol, de la paz al recibir el sacramento de la Reconciliación y del encuentro al compartir la Misa del Peregrino. El Camino, además de un itinerario físico, es una ruta interior que nos ha permitido encontrarnos con nosotros mismos, con los otros y con Cristo. Como conclusión y resumen de la experiencia, con toda certeza decimos: Yo hice el Camino, pero el Camino me hizo a mí»

<http://www.archicompostela.org/Peregrinos/Espanol/Testimonios.htm>

recuperado el 11 febrero 2016.

En 2013 unos peregrinos que visitaron desde Denver al Tepeyac, habla el joven César Robles: «las palabras que le dijo la Virgen a Juan Diego, se han quedado grabadas en mi memoria. Y este viaje me ha ayudado a crecer más en mi fe y a acercarme a la Virgen». Y dice Luisa Collins «Estar ahí presente ante esa imagen tan increíble, me tocó el corazón. Recuerdo hablar con una persona muy buena en la Basílica que me dijo que la Virgen te abraza. Y es verdad. A mí la Guadalupe me abrazó»

<http://elpueblocatolico.com/una-hermosa-aventura-al-encuentro-de-la-morenita/#.Vr1NgPnhDIU>

recuperado el 11 febrero 2016).

Las anteriores vivencias muestran que la devoción a los santos despierta un cúmulo de actitudes vinculadas a la misericordia: la comunión, la solidaridad, el acompañamiento, la renovación interior.

También podemos constatar cómo nuestras primeras prácticas devocionales, en muchos casos, han sido en relación a los santos y la Virgen. En nuestro ambiente es común encontrar la devoción a santo Toribio, peregrinar a pie a la Virgen de San Juan, festejar a nuestra Señora de Guadalupe, a san Benito (la cruz de san Benito), o al Papa Juan Pablo II; hay un grupo que organiza el recorrido de las reliquias de los beatos Anacleto y Miguel; hay religiosas que motivan a sus alumnos el conocimiento y la devoción a Silviano Carrillo; y familias que rezan el rosario todos los días.

Todos podríamos atestiguar que hemos participado en varias de las siguientes devociones enumeradas: las fiestas a la Virgen o a los santos, el santo rosario, el ángelus, el escapulario de la Virgen del Carmen, el rezo de las tres Aves



Marías al acostarse, dedicar al sábado a la Virgen, consagrarse a ella, peregrinar hacia sus santuarios o ermitas, dedicarle los meses de mayo u octubre, contar con imágenes de la Virgen o los santos; ver alguna película o documental al respecto.

Son múltiples los estilos por los cuales nos acercamos al Señor; muchos dependen de la sensibilidad de los pueblos y de los carismas recibidos por fundadores de comunidades de laicos o de consagrados. Y responden a nuestra necesidad de marcar los tiempos y las horas, incluir nuestro cuerpo y espíritu, responder a las necesidades de arrepentimiento y purificación, de celebración o de duelo. Y por lo tanto abona a la espiritualidad cristiana.

### 3. PENSAR:

Profundicemos en la devoción a María y a los santos como fuente de espiritualidad.

La propuesta del Papa Francisco de celebrar el

Jubileo Extraordinario de la Misericordia implica una visión de la fe cristiana como una experiencia de misericordia, que la naturaleza de Dios es misericordia, que el núcleo del Evangelio es la misericordia (Cfr. *Misericordiae vultus* n. 9). Y esto arroja luz sobre lo que son los santos; ellos son cristianos «que hicieron de la misericordia su misión de vida» (*Misericordiae vultus* n. 24). La celebración del Año de la Misericordia es la invita-

ción a ser «misericordiosos como el Padre»; los santos nos dan ejemplo de compasión ante el que sufre, ante el pecador y el débil; sobresale María, la «Madre de Misericordia», que ha tomado muy en serio su maternidad sobre los discípulos de su Hijo y sobre la humanidad.

La Devoción, según santo Tomás de Aquino, es «voluntad pronta para entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios»; el devoto se siente atraído y se entrega a una experiencia, siente una



reverencia sagrada y contemplativa hacia una persona: Dios, la Virgen, un santo. Pero la devoción no es sólo la mirada extática en Dios o en los santos, sino el esfuerzo por actuar como Dios, o como los santos; la palabra contemplación contiene este doble dinamismo: contemplar y actuar, contempla-acción; es la expresión del mandato del Señor Jesús: «*Ámense unos a otros como yo los he amado*» (Jn 15, 12); y después del lavatorio dice: «*Les he dado ejemplo para que ustedes hagan lo mismo*» (Jn 13, 15; cfr. 1P 2, 21). Aquí vale la afirmación de que nos hacemos semejantes a lo que amamos.

María y los santos nos unen a Dios, nos vinculan con él, nos acercan, nos lo comunican, nos llevan a él. Ellos son como las ventanas que dejan pasar la luz del sol; tanto más grandes sean, más luz entra por ellas; tanto más limpias estén, mayor será la luz. Si alguien se acerca con amor a María o a los santos, se acerca a Dios, porque ellos están en Dios; son como los muros del horno: no son el fuego, pero sí transmiten su calor; quien se acerca al muro, se acerca al fuego, aunque el muro no sea el fuego.

Dice la Constitución *Lumen Gentium* (n. 50): «No veneramos el recuerdo de los del Cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios».

La devoción a los santos expresa que la Iglesia es una; leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 947: «Como todos los creyentes for-

man un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros [...] Es, pues, necesario creer [...] que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la cabeza [...] Así, el bien de Cristo es comunicado [...] a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia» (Santo Tomás de Aquino, *In Symbolum*

*Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, 13). «Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común» (Catecismo Romano, 1, 10, 24)».

El cristianismo es una experiencia de comunión; la unidad, el amor fraterno, la simpatía, el

afecto, el respeto por la persona, el diálogo y todo lo que se relación con la comunión, son el criterio para descubrir la autenticidad de un creyente. Por eso los santos nos conducen a la comunión con Dios y con los hombres.

La fuente de la devoción a los santos y a la Virgen es siempre el amor de los fieles a Cristo: «La piedad popular a la Santísima Virgen, diversa en sus expresiones y profunda en sus causas, es un hecho eclesial relevante y universal. Brota de la fe y del amor del pueblo de Dios a Cristo, Redentor del género humano, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha confiado a María de Nazaret, para quien la Virgen no es sólo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, en el plano de la gracia, la Madre de todos los hombres» (*Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* n. 183).

Esa devoción «proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados con Cristo, propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre





y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos» (*Sacrosanctum Concilium* 104). De hecho, son santos porque la Iglesia es santa, «santa por la presencia en ella de ‘Jesucristo, el cual, con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado el solo santo’» (*Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* n. 210); por eso los cristianos son los «santos» (cfr. Hch 9.13; 1 Cor 6,1; 16,1). Los santos son santos por su comunión con el único Santo, son mediadores por su unión con el único Mediador.

Los santos son «testigos históricos de la vocación universal a la santidad», «fruto eminente de la redención de Cristo» (*Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* n. 211). Por lo mismo, su devoción es un nuevo llamado a la vida nueva del Evangelio. Escuchamos a María que dice: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra*» (Lc 1, 38) y nos sentimos estimulados a hacer la Voluntad de Dios; escuchamos al padre Toribio –«¿Aceptarás mi sangre que te ofrezco por la paz de tu Iglesia?» –, y nos conmovemos por su generosidad; y así con los demás santos.

El Directorio añade que «el objetivo último de la veneración a los Santos es la gloria de Dios y la santificación del hombre, mediante una vida plenamente conforme a la voluntad divina y la imitación de las virtudes de aquellos que fueron discípulos eminentes del Señor» (*Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* n. 212). Los santos son personas insignes que han vivido el evangelio en grado heroico. Por eso con su misma vida lo anuncian y nos motivan a vivirlo. Si nosotros meditamos en la vida de María, en sus palabras; o en la vida, las enseñanzas y los ejemplos de los santos, nos sentiremos impulsados a ser mejores discípulos de Cristo, tendremos deseos de ser mejores, crecerá la certeza de que Dios puede ayudarnos a lograr lo que parece muy difícil o imposible. Y como en los santos todo deriva de su relación con Dios y está al servicio de Dios, entonces resulta que la vida de los santos nos impulsa en el mismo sentido.

La devoción a María y a los santos implica consecuencias tanto en nuestro espíritu como en nuestra conducta; por eso san Luis María Grignon

de Montfort dice que la auténtica devoción a la Virgen María ha de ser interior, tierna, santa, constante, desinteresada – «te lleva a evitar el pecado e imitar las virtudes de la Santísima Virgen, y en particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación universal, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina» (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* n.108)–. Luego añade que la verdadera devoción a la Santísima Virgen puede expresarse interiormente en honrarla y venerarla, meditar sobre ella, contemplar sus grandezas, ofrecerle actos de amor y alabanza; invocarla; ofrecerse a ella; ofrecerle intención de agradarla; encomendarle las acciones. Y exteriormente se manifiesta en inscribirse en grupos marianos; entrar en institutos religiosos fundados para honrarla; publicar sus alabanzas; honrarla con limosnas, ayunos y mortificaciones; llevar el rosario, escapulario o alguna medalla; rezar atentamente el rosario o una coronilla o el oficio de la Virgen u otros himnos y cánticos como la Salve; cantarle; hacerle genuflexiones o reverencias con jaculatorias; adornar sus altares o imágenes; ponerlas en las iglesias o casas; y consagrarse a ella en forma especial y solemne (cfr. nn. 114-115).

---

### 3. ACTUAR:

- 1.- ¿Qué podemos hacer para conocer más la vida de algún santo o de la Virgen a los cuales les tenemos devoción?
- 2.- ¿Cómo podemos aumentar nuestro afecto hacia ellos?
- 3.- ¿Qué palabras o acciones de los santos nos han ayudado a seguir a Jesús?

---

### 4. CELEBRAR:

*Entonemos algún canto popular a María...*

**CANTO: ALABEMOS A MARÍA, MADRE DE DIOS**

*Alabemos a María, madre de Dios  
 Ensalcemos a María, madre de Dios  
 Glorifiquemos a María, madre de Dios  
 Alabémosla, ensalcémosla,  
 glorifiquémosla, eternamente. Amén (2)*

## ARTÍCULO

# ¿POR QUÉ UNA TEOLOGÍA DEL SÍMBOLO SACRAMENTAL Y NO DEL SIGNO SACRAMENTAL?



Antes que nada, aclaremos que “símbolo” y “signo” son dos polos del lenguaje

Pero, ¿ existe una diferencia pertinente entre símbolo y signo ? Diversos autores discuten sobre las diferencias y las semejanzas que se encuentran entre estas dos formas de expresión. Sobre el plano de una correcta metodología, es necesario poner atención para no querer comprender el símbolo a partir del signo y viceversa. Símbolo y signo deben ser descritos según su propio nivel. Sobre la base de algunos estudios recientes, y en particular los de G. Durand y L. - M. Chauvet, parece que la relación distintiva entre símbolo y signo pueden ser esquemáticamente presentadas más o menos en el modo siguiente:

Símbolo	Signo
<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Pone en relación dos significados.</li> <li>2. Introduce en un orden del cual forma parte.</li> <li>3. Representa un acto de comunicación.</li> <li>4. No puede ser delimitado racionalmente.</li> </ol>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Pone en relación un significante y un significado.</li> <li>2. Introduce otro orden.</li> <li>3. Representa un acto de conocimiento.</li> <li>4. Puede ser delimitado racionalmente.</li> </ol>

En su respectiva acción, el signo expresa la unión de un significante y de un significado, el símbolo expresa la relación entre dos significados; eso no es tal por sí mismo, sino por su relación con el significante: es significante de un significante, y viceversa.

El signo tiene parte de una estructura implicante un referente que hace de “puente”, por así decir, entre el significante y el significado y hace este último inteligible: así por ejemplo el fonema “casa” (significante) reenvía al concepto de “casa” (significado) a través de la realidad concreta de la “casa” indicada en el concepto (referente). Tal “estructura” constituye, genera y hace inteligible el signo.

El símbolo, en su naturaleza profunda, es por sí significante de otro significante que le corresponde en una equivalencia referencial recíproca.

Una misma realidad puede ser símbolo o signo, según la modalidad con que viene expresada y vista. Así, por ejemplo, si la bandera mexicana es en cuanto tal signo de la patria que representa, el astabandera hecha por un pelotón de soldados mexicanos es más bien un símbolo de su mexicanidad, de su pertenencia al ejército mexicano, de su empeño de defender la patria, etc. Del mismo modo, si el fonema “casa” es utilizado para designar el “concepto de casa” es un signo lingüístico; si por el contrario viene utilizado como expresión de común pertenencia a la nación

mexicana o de identidad de reconocimiento es símbolo.

El símbolo une dos realidades del mismo orden (dos partes de un único objeto, el astabandera o la palabra “casa” en cuanto expresiones de mexicanidad); el signo reenvía a otra cosa de sí (veo una bandera con determinados colores y pienso en la nación que esa representa; pronuncio la palabra “casa” y pienso la realidad material que indica).

El símbolo es, en cierto sentido, la realidad misma simbolizada, sin ser la realidad.

También se podría decir: el signo denota un valor que distingue, de alteridad respecto a las cosas o a las personas significadas; el símbolo denota más bien un valor de relación, de encuentro y de unidad entre significante y significado.

El símbolo se pone, por consecuencia sobre el plano de acto de comunicación y de reconocimiento común: es un acto de lenguaje que expresa y realiza una mediación de identidad o de compromiso. El signo se sitúa más bien sobre el plano del conocimiento, de la transmisión de conceptos o informaciones; el poner en comunicación permanece secundario respecto al acto del conocimiento. Bajo este aspecto, mientras el símbolo funciona como realidad dinámica, como acto de comunicación - producción (el símbolo no es sino el acto de su acción significativa), el



signo funciona más bien como realidad estática. El valor del signo es de orden lógico; el valor del símbolo es de orden interpersonal - afectivo.

El símbolo no se dirige a la racionalidad del sujeto, haciendo conocer a otro de sí, pero revoca al sujeto en sus actitudes

y en sus intereses vitales; por este motivo no puede ser resumido o dominado de la descripción racional; es por sí indomable e indecible; quien quisiera explicarlo en términos conceptuales, lo destruiría como símbolo. El signo, dentro de ciertos límites, se puede delimitar o al menos, se puede dar razón en base a presupuestos de

orden creatural (signos naturales). El

símbolo – observa H. Cox – no es una forma confusa de discurso “racional” que trata de ser explicado o descifrado. Es un modo de comunicación altamente significativo; se empobrece o falsifica cuando viene traducido en otro término.



En cuanto a las diferencias sobre el plano semántico, los dos polos de lenguaje son estrechamente colegadas entre sí y presentes en cada

expresión lingüística. De hecho, representan dos modalidades complementarias en nuestra relación con lo real y del nuestro situarnos en comunicación con los otros. Y si los modos de operar la significación (o nivel expresivo) son diversos, los dos tipos de lenguaje se trabajan juntos, interac-



tuando el uno sobre el otro. Las explicaciones de significado tienen necesidad de la expresión simbólica, así como esta última tiende a ser asumida en un discurso de conocimiento que nos “diga” el sentido o los motivos y viceversa.



“Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado”  
(MV 2).



*“Misericordes sicut Pater”*